

LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

DE LOS

ANTIGUOS PERUANOS

POR

RICARDO E. LATCHAM

Director del Museo Nacional

(Continuación)



COMO no pudo darse cuenta de como hubiese sucedido el embarazo, aprovechó una reunión de todos los dioses y asistió para tratar de descubrir el padre, creyendo que tal vez el niño podría reconocerle. *Coniraya* acudió a la reunión disfrazado de asqueroso mendigo, pero el niño le reconoció y corrió a él. *Cavillaca* se avergonzó mucho y sentía gran enojo, creyendo que los dioses podrían pensar que ella hubiera tenido relaciones amorosas con un mendigo tan repulsivo e indigno. Tomando el niño en los brazos salió corriendo en dirección al mar. *Con Iraya* reasumió su forma celestial y vestido de su traje dorado y radiante, partió en su persecución. Su esplendor alumbró toda la tierra. Gritó a la diosa que volviera para que viese quien era, pero ella en vez de hacerlo se apretó a correr más, sintiéndose demasiado orgullosa para tratar con un individuo tan vil y despreciable como ella le imaginaba. *Iraya* luego la perdió de vista y cuando ella llegó al mar en Pachacamac, entró en el agua con su hijo y ambos se convirtieron en islotes rocosos, que pueden verse todavía. *Iraya* continuó

buscándolos sin resultado. En su camino se encontró con varios animales y aves, a los cuales preguntó si los habían visto pasar.

El cóndor dijo que había visto pasar a *Cavillaca* y que si se apurara *Iraya* podría alcanzarla. Así que *Iraya* bendijo al cóndor y le dijo: «Tu vivirás siempre y yo te doy facultad y poder para que puedas andar a tu albedrío y gusto por todas partes, correr las pumas, atravesar los valles, escudriñar las quebradas, anidar donde no seas inquietado; posar en lugares arduos e inaccesibles; y más te concedo que puedas comer y comas todo lo que hallases muerto, como son los huanacos, llamas, corderos y todo lo demás y aunque no lo hubiese muerto y descuidasen sus dueños con ello, que lo puedas matar y comer: y más quiero y te aseguro que si alguno te matase a ti que haya de morir él también».

En seguida, se encontró con una «zorrilla de las hediondas». Este le contestó que *Cavillaca* iba muy lejos y que nunca le alcanzaría. *Iraya* le echó maldiciones, diciéndole: «Te mando que nunca oses parecer sino de noche, y que des siempre de ti mal olor y te persigan las gentes y tengan de gran asco».

Más allá tropezó con un león (puma), que le dió una contestación favorable y recibió la bendición del dios de esta forma: «Tu serás respetado y temido de todos, y yo te asigno y señalo por verdugo y castigador de los malos de esta manera, que te doy la facultad y licencia para que comas las llamas de los indios pecadores; y más, que después de tu muerte has de ser honrado y tenido en mucho. Porque cuando te mataren, desollarán tu pellejo sin

cortarlo de la cabeza, la cual aderecerán dejando allí la boca con la dentadura y lo demás embutirán de cosa que haya forma de cabeza, y tus ojos los pondrán también en las cuencas que parezcan vivos: tus pies y manos quedaran pendientes del pellejo y la cola por consiguiente, y a su remate un hilo para adornarla; y el pellejo lo adobarán y sobarán y tras todo esto te subirán así aderezado sobre sus cabezas poniendo la tuya encima de la suya; y el pellejo, pies y manos cubrirán por detrás a quien así se pusiese, lo cual harán en las fiestas más principales; que serás de esta suerte honrado y sobre esto añadido que quien se quisiera adornar contigo ha de matar por entonces una llama y así ha de danzar y cantar contigo a cuestas».

Un poco más adelante se encontró con un zorro, que le dijo que era inútil seguir, porque no alcanzaría jamás a la diosa. A este lo maldijo y lo condenó con estas palabras: «Pues yo mando que de lejos seas perseguido, y que, en viéndote la gente aunque estas muy apartado salgan a ti diciendo: «Hola, cata el mal zorro» y te apuran y corran, y que cuando mueras no se haga de ti caso, y que tu y tu pellejo os pudráis sin que haya quien os alze del suelo».

Después vió un halcón o gavilán, el cual le dió una respuesta favorable y le bendijo con estas palabras: «Yo te concedo que de todos seas muy estimado y que por las mañanas almuerzes del *quenti* (picaflor) que es un pajarillo muy delicado y lindo, que se sustenta del rocío que está dentro de las flores, y entre día matarás y comerás

los demás pájaros que quisieréis y que él que te matare, matará también una llama en tu honra y cuando haya de salir en las fiestas principales a bailar y cantar, te llevará sobre su cabeza».

Por último se encontró con una bandada de loros y éstos le dieron malas noticias. Furioso *Iraya* también los maldijo, anunciándolos que habían de andar siempre dando voces y gritos que desde lejos serían ojeados y cuando quisieren comer no estarían seguros por que con sus propios gritos se descubrirían y serían aborrecidos de todos».

«Y desta manera llegó hasta la mar donde halló buelta en piedra y dentro de la mar a la *Cauillaca* y a su hijo, y assi tomó la buelta por la costa hazia Pachacamac, donde halló dos hijas del *Pachacamas*, moças y hermosas a quien tenia en guarda una gran culebra porque su madre estaua de allí ausente en la mar, donde auia ydo a uissitar a la rezien llagado *Cauillaca* y deziáse esta muger de Pachacamac *Urpayhuachac*. Pues como el *Coniraya* hallase las dos mocas solas sin su madre, no curando de la culebra, porque con su saber la hizo estar queda, tuuo parte con la hermana mayor, y tras ella quiso tenerla con la otra, la qual boluiéndose paloma de encuentro de essas siluestres a quien los yndios llaman *urpay*, se le fué, y por eso llamaron a la madre de estas mocas *Vrpayváchac*, que es como dezir madre de palomas.

Enojado *Iraya* pensaba cómo podría hacerle mal a la madre. En ese tiempo no habían peces en el mar. *Urpayhuachac* había criado algunos en una lagunita y el dios, rabioso, los vació todos al mar

y de ellos han descendido todos los peces que ahora hay. (1)

Dice D'Avila que este mito estaba tan arraigado en las creencias del pueblo, que aún en su tiempo (1608), el cóndor, la puma y el halcón se consideraban sagrados y no se mataban.

El primer capítulo de la relación de D'Avila, fué omitido en la edición de Urteaga y Romero de donde copiamos el mito de *Iraya*, pero lo da Jijón y Caamaño en una revista bibliográfica del tomo de estos autores. En la parte referente a *Iraya*, dice: «Y assi mismo se dice que había otro ídolo llamado *Cuniraya* (del cual no se sabe de cierto si fué antes o después del arriba dicho por el Pariacaca). (2) Más es cosa cierta que casi hasta que vinieron los españoles a esta tierra fué invocado y respetado. Porque cuando los indios le adoraban decían: «*Coniraya Viracocha* (el cual nombre Viracocha es el que pusieron a los Españoles y hoy tienen) tu eres el Señor de todo, tuyas son las chacras y tuyas las gentes todas». Y assi mismo para dar principio a cualquiera cosa ardua o de dificultad echando un poco de coca (yerba bien conocida) en el suelo como por oblación; decían: «Dime Señor *Coniraya Viracocha* como tengo de hacer esto», y lo propio

(1) Relación de Ydolatrías en Huarochiri, por P. Francisco D'Avila, publicada en «Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas», Vol. IX de la Colección de Documentos referentes a la Historia del Perú, de Horacio Urteaga y Carlos Romera, 1.^a Serie, Lima 1919.

(2) En otro capítulo hablamos del dios Pariacaca, otro numen de los huarochiris, pero quien, al parecer no era dios-creador.

hacían los tejedores de cumbes cuando la labor dellos era difícil y trabajosa, y en esta invocación y llamarle *Viracocha* a este ídolo es cosa cierta que fué desde mucho antes que hubiese noticia de Españoles en esta tierra. Y así por estar (como se ha dicho) en duda si fué primero este *Coniraya* que *Pariacaca* y por ser más verosímil haber precedido *Coniraya* diremos primero su origen y después la de *Pariacaca*».

No obstante, no da el origen de este dios, sino principia directamente con el mito que hemos reproducido.

Es evidente que la combinación de nombres *Coniraya Viracocha* era relativamente moderna, es decir después de la llegada de los incas a la región, pues *Viracocha* era dios de la Sierra, desconocido en la costa antes que fué llevado allí por los incas. La identificación de este dios con todos los principales dioses-creadores es lo que ha causado el agrupamiento de los nombres de tantos diferentes deidades diferentes, especialmente en la costa.

Iraya parece haber tenido un origen totémico, porque vemos que en las palabras que dirige a los diferentes animales y aves que le favorecieron en sus respuestas, establece *tabus* que son reconocidos como totémicos en todas partes, como por ejemplo cuando prohíbe matar los pumas y cuando dirige que los hombres llevasen como adornos en sus bailes las pieles y plumas de los animales y aves más elegidos como tótemes y que en todo el Perú eran reconocidos como los símbolos totémicos del sol.

Ehrenreich, después de dar un extracto de la le-

yenda, la compara con otra de Siam, que halla idéntica en muchos conceptos, y deduce que debe tener origen asiático, pasando a América por vía el estrecho de Behring. Esto nos parece dudoso. La leyenda está completamente de acuerdo con la mentalidad de los indios y tiene elementos que la hace esencialmente americana, sin excluir la posibilidad del origen exótico de algunos de sus detalles.

Uhle identifica al dios *Iraya* con *Irma*; pero no estamos de acuerdo con esta opinión. Pueden tener algunos atributos en común como tienen todos los diferentes dioses-creadores; pero es evidente, por el tenor de este mito que no pueden haber sido el mismo personaje. *Irma* bajo su nombre quechua de *Pachacamac* se menciona como padre de las dos doncellas que *Iraya* encontró en la playa, una de las cuales escapó en forma de paloma. Esto demuestra que los indios no los identificaban y que a la vez que *Pachacamac* no tenía la espiritualidad que quiere Garcilaso, ya que tenía mujer e hijas, y que al igual de *Iraya*, habitaba la tierra, en forma visible y material. Aunque los Incas cambiaran el nombre no pudieron cambiar sus atributos ni sus mitos y continuó el mismo dios, a pesar de su nuevo nombre.

Irma parece haber sido el dios del mar, simbolizado por un pez, pero *Iraya*, a juzgar por el mito, era el dios solar; con vestidos dorados y tan resplandeciente que alumbraba toda la comarca. Por otra parte, los animales que bendijo el dios son los que en toda la región andina son mirados como símbolos del sol, así en el Perú como en Ecuador y Chile. Hallamos referencias también a las costum-

bres totémicas de los pueblos que escogían estas aves y bestias para tótem; de hacer sacrificios cuando por cualquier motivo ritual matasen el animal tótem, y que se vestían sus pieles o plumas en sus fiestas y bailes. Los huarichiris eran pueblo de montañeses y deben haber venerado el sol como dios o tótem nacional con el nombre local de *Iraya*, tomándolo también de dios-creador. Vemos además que el sol era también reverenciado en la costa, ya que figura en otros mitos como el padre de *Con* y de *Irma* y de *Pachacamac*.

Irma figura en otros mitos, con el nombre quechua *Pachacamac*, aunque es evidente que el origen de ellos es anterior a la introducción de este nombre en la costa, por tanto, donde se halla la denominación quechua refiriéndose al dios de los yungas, debe entenderse *Irma*. Su culto siempre parece antagónico al culto del sol, como se nota también en la siguiente leyenda relatada por Calancha.

«Los indios de las llanuras y desiertos entre Piura y Arica, dicen que *Pachacamac* (*Irma*) después de haber criado el mundo, hizo un hombre y una mujer, quienes no pudieron encontrar nada con que sostener la vida. El hombre murió y la mujer quedó sola manteniéndose con algunas raíces. Hallándose en un estado tan lastimoso, levantó sus plegarias al Sol, para que le ayudase exclamando: «¡Amado creador de todas las cosas ¿por qué me hiciste salir a la luz del mundo, si fuese sólo para dejarme perecer de pobreza y consumirme de hambre?! O! No recuerdas de haberme creado y deseas que me muera a mi nacimiento. Yo vivo sola,

sin hijos, pobre, afligida y solitaria. ¿Porqué, O Sol, si tú nos creasteis, ahora nos consumes? Y si tú eres él que distribuye la luz ¿porqué te muestras tan mísero, negándome sustento?».

El Sol, teniéndola compasión, la preñó con un rayo de su luz, y dió nacimiento a un hijo varón; pero *Pachacamac*, indignado que la mujer hubiese dirigiéndose al Sol y nó a él, mató al niño y lo despedazó. La madre lamentó nuevamente al Sol, pidiéndole venganza; pero *Pachacamac* a fin de que nadie más se quejara de la falta de sustento y por ésto negarle la adoración que le debían, sembró los dientes del niño y salió el maíz; sembró las costillas, aparecieron la yuca y otras plantas y de la carne del infante se produjeron los pepinos y pacaes.

No conformándose con ésto, la madre clamó nuevamente al Sol. Este le pidió que le trajera el cordón umbilical del niño. Con ésto formó otro, que se llamó *Vichama* o *Villama*, hermoso jóven, quien al crecer, siguió el ejemplo de su padre el Sol y comenzó a recorrer tierras. En su ausencia, *Pachacamac* mató a la mujer, ya vieja, y dividiendo su carne en pequeños pedazos, la dió a comer a los huitres, ocultando los huesos y el cabello a orillas del mar. Creó hombres y mujeres para poblar la tierra y nominó a los señores y jefes que debían gobernarlos, y en seguida se internó en el mar.

Desesperado *Vichama* porque *Pachacamac* se le había escapado haciéndose invisible, pidió a su padre el Sol que convirtiera en piedras toda la generación de hombres creada por su enemigo. El castigo se llevó a efecto, pero el Sol lo consideró injusto y quiso hacer reparación. *Como no pudo desha-*

cer lo hecho, volviendo a la vida los hombres convertidos en piedras (1) determinó deificar a los señores y jefes, colocándolos en el mar en forma de peñas y arrecifes, objetos que en los tiempos imperiales eran adorado por los indios de la costa.

Vichama, viendo el mundo sin hombres, rogó al Sol que creara otros y éste le mandó tres huevos, uno de oro, una de plata y el otro de cobre. Del primero salieron los señores y los nobles; del segundo, las mujeres de éstos y del tercero la plebe. (2).

Arriaga dice que los indios de Huacho y Begueta creían que el sol bajó a la tierra y puso dos huevos, uno de oro, de donde procedieron todos los Curacas y Caciques, y el otro de Plata de donde salieron los demás indios». (3)

Otras versiones de la leyenda de *Vichama*, hacen que después de la muerte de su madre, persiguiera a *Pachacamac*; pero que éste desapareció en el mar y desde entonces se ha hecho invisible, escondiéndose de la ira de *Vichama*, quien no pu-

(1) Esta impotencia de devolver la vida a los seres convertidos en piedras se halla en todas partes desde Colombia hasta el sur de Chile.

(2) Coron. Moraliz. Lib. II. Cap. XIX.

Avendaño, en sus Sermones, refiere a la creación posterior de *Vichama* y dice: «Algunos viejos dicen que después del diluvio, cayeron del cielo tres huevos, uno de oro, del cual nacieron los Curacas, otro de plata del cual nacieron las Ñustas; y otro de cobre del cual salieron estos últimos indios. Díganme, hijos míos, ¿son pollos los Curacas, viendo que salieron de un huevo de oro? No podeis ver que es toda cosa de risa.

(3) Extirpación de Ydolatria. Ob. cit. Cap. VII, p. 40.

diendo habérselas con sus enemigo, quemó y rindió estériles las tierras que dicho dios había hecho fructíferas. Convirtió mucha de la gente que había creado el dios, en piedras y éstas eran adoradas por los descendientes de los que habían quedado vivos.

En esta leyenda se reconoce como creadores, no solamente a *Pachacamac* sino también al *Sol*; y ambos se representan como rivales, que se refiere indudablemente a la lucha entre el culto solar de la Sierra y el del mar, corriente en la costa; lucha que culminó en la victoria del sol, cuyo hijo *Vichama* simboliza quizá el Inca del Cuzco. Es claro que en este mito, *Pachacama* no puede ser otro que *Irma*, el dios del mar a pesar de figurar con su nombre moderno. Perseguido por el Inca, hijo del Sol, desapareció en su elemento y después vivió solamente en los recuerdos de su pueblo.

Uhle refiriéndose a este mito y la conversión de los hombres de la generación de *Pachacamac* en rocas y arrecifes, dice que todos los indios de Huaura, Cupe, Barranca, Ancallama, Huacho, Vegueta, y los costinos en general creyeron tan firmemente en esta leyenda como nosotros en el Credo, como fué averiguado por los misioneros Fernando de Aven-
daño, y los P. P. Joseph de Arriaga y Luis Teruel. La misma creencia la tenían los indios de Caraguillo, cinco leguas al norte de Lima y en Pachacamac, cinco leguas al sur y también los de todos los pueblecitos hacia el sur hasta Arica, quienes todavía veneran sus rocas y arrecifes. (1)

(1) Pachacamac. Ob. cit.

En el mito de *Vichama* como igualmente en el anterior de *Pachacamac (Irma)* el Dr. Julio C. Tello, en su estudio «*Wira Kocha*» trata de relacionar al dios *Pachacamac* con los tigres de los mitos florestales, y para ésto supone ser el Sol el dios supremo.

En el primer caso hace figurar a *Vichama* como el héroe cultural y en el segundo a *Coniraya*.

En ninguno de los dos mitos podemos admitir, ni la identificación que hace, ni los paralelos que trata de establecer, por las razones que hemos expuesto.

Faltan varios de los elementos esenciales comunes a los mitos florestales y solamente una interpretación muy rebuscada podía poner en parangón las dos series, que a todas luces tienen un origen diverso.

En el primer lugar, en ambos mitos que compara, hace caso omiso de la forma completamente moderna y postincaica de las versiones que cita. Hemos demostrado que *Pachacamac* no puede haber figurado en las leyendas de la costa, antes que la conquista de aquella región por los incas. En la lucha entre *Vichama* y *Pachacamac* este último es sin duda alguna el antiguo dios *Irma* con su nuevo nombre y en nuestro concepto *Vichama* representa el nuevo culto del sol que los incas tratan de propagar en la costa. El mito es un recuerdo de la lucha entre las dos religiones, la antigua y la nueva, que culmina en la victoria de *Vichama* (el culto solar) sobre *Pachacamac (Irma)* (el antiguo culto), quien en este caso es el verdadero héroe cultural, pues es él que introduce la agricultura. Los

constantemente viajes de *Vichama* representan las sucesivas conquistas de los incas de nuevas provincias. Todos los incidentes del mito memoran incidentes en la lucha entre los dos cultos. Los incas una vez afirmada su conquista de la costa, edificaron un gran templo contiguo al de *Pachacamac* y el culto de éste se vería menoscabado y puesta en la sombra por la magnificencia y riqueza de su rival, aunque quedaban recuerdos de él, en el culto popular por toda la costa. *Irma* era dios del mar, y es por esto que tanto él como la gente de su generación, destruída por *Vichama* (el Inca, hijo del sol) vuelven al mar después de su derrota por el nuevo culto. No encontramos en este mito nada que puede relacionarse con la leyenda de los tigres de la floresta y no podemos aceptar la interpretación del Dr. Tello. La representación del tigre en el arte de la costa tendrá su explicación en otros factores sin duda totémicos, pero no encontramos en los mitos de una y otra región ni la concordancia ni las influencias que este autor cree descubrir.

En el mito de *Iraya* es aún más difícil ver semejante relación. Este dios era indudablemente el sol. *Pachacamac* (*Irma*) no tiene actuación alguna en su desarrollo, y en todo caso no podía ser el sol, ya que dicho puesto está ocupado por el protagonista *Iraya*. El único punto en común que tiene con los mitos de la selva, es la figuración de la doncella, tema común en las más diversas mitologías, pero falta el nacimiento de los mellizos, uno de los cuales es el héroe cultural, de quien descienden las gentes actuales, y quien destruye los tigres (espí-

ritus malévolos del régimen anterior). El hijo de *Cavillaca* no desempeña ningún papel activo, una vez que descubre su padre y junto con su madre se convierte en roca o arrecife en el mar, detalle que servía a Uhle para identificar el mito de Iraya con el de Irma, identificación que a nuestra manera de pensar, es igualmente sin fundamento suficiente.

Dicho hijo (quien, para establecer alguna concordancia entre este mito y los florestales que cita el Dr. Tello, debía ser el héroe cultural y principal protagonista) no vuelve a aparecer, y ha sido introducido simplemente para indicar cuáles eran las relaciones entre *Iraya* y la diosa *Cavillaca* para explicar la verdadera naturaleza de la jugada que la hizo.

En este mito creemos ver varias influencias exóticas, pero ninguna de ellas procedente de la floresta. Originalmente era un mito de la creación, la mayor parte de cuyos pormenores se han perdido, y también de un héroe cultural, ya que en la relación fragmentaria que ha salvado D'Avila dice que «con sólo mandarlo, y decirlo *hizo que en las medias laderas y partes borrascosas se compusiesen los andenes y chacras y se hiciesen las bardas que tienen; y que las azequias y aguaduchas los hazian con sólo arrojar una caña*».

Sobre este fondo serio y beneficiador que corresponde a un dios creador y héroe cultural, encontramos injertada una serie de leyendas de burlas y malas jugadas que hace a los demás dioses y diosas, o como dice D'Avila: «Y con mucho saber hazia tretas y burlas a las huacas y Ydolos de los pueblos donde llegaua». Entre éstas era de disfr-

zarse de pobre piojento, luego la jugada que hace a Cavillaca, que sólo figura en el mito para demostrar esta fase de la psicología del dios, pero que en ningún caso es una parte esencial del mito de la creación o del desarrollo cultural del pueblo, y sólo incidentamente explica la veneración de los pueblos costinos a las rocas sumerjidas o semi-sumerjidas en las inmediaciones de la costa, y que no era exclusiva a esa localidad. Otra burla la comete con el dios *Irma* (*Pachacamac*) al violar a su hija y molestar a su mujer, arrojando al mar los peces que ésta había criado. Es verdad que debajo de estas malas jugadas podemos ver la creación de las palomas y los peces que hay en el mar, pero las influencias de otro ambiente se hacen ver. Estas influencias nos recuerdan de los cuentos parecidos que encontramos en algunos de los mitos de los lacondones y mayas de Centro América y más aún con otros tan comunes en la mitología de Norte América y en especial de los pueblos árticos, pero no encontramos su correspondencia en los mitos de la selva amazónica, que son por lo general más tétricos y trágicos.

Por último, en la relación de D'Avila encontramos fuertes influencias incaicas, las que se anotan especialmente en el nombre dado al dios; *Con Iraya Viracocha*. Este nombre sólo puede haberse originado después de la indentificación por los incas de los dioses-creadores de la costa con el suyo propio, porque figura en él tres denominaciones de dioses diversos. Lo que no entendemos bien es la relación que pudieron haber encontrado entre *Viracocha e Iraya*, porque si es verdad que ambos

eran dioses-creadores, sus caracteres eran distintos, siendo el primero dios del trueno y el segundo un dios solar. La identificación de *Viracocha* y *Con* es más fácil de comprender porque ambos eran dioses del trueno. Los Incas generalmente identificaban los diferentes dioses creadores bajo el nombre o carácter genérico de *Pachacamac*, concepto que podía incluir los creadores de cualquiera naturaleza. Es posible que al llegar a la costa, habían concedido a *Viracocha* un carácter más amplio, que correspondía de cerca a la nueva denominación de *Pachacamac*, como creador universal director de todas las fuerzas cósmicas, cualquiera que fuesen su naturaleza. Es la única manera como se puede explicar la identificación de seres de atributo tan disimilares como lo son los dioses de la costa.

Entre los pormenores netamente peruanos y locales del mito, se puede notar los que se refieren y explican la estimación en que se tenían los diferentes animales y aves que figuran, que es efectivamente la que corre entre los indios hasta el día de hoy, pero que eran muy acentuadas en tiempo de la conquista, como afirma D'Avila en sus observaciones.

Por estas razones y otras que serían largas detallar, no podemos acompañar al Dr. Tello en las identificaciones que hace de estos mitos con los de la floresta ni vemos en ellos ninguna relación con los tigres que son los protagonistas de ellos.

Entre los dioses-creadores de los antiguos peruanos, hay otro digno de mención, que se adoraba en las provincias de Chota, Hualgayoc, Cutervo, Celendin, una parte de las de Cajabamba y Contumal,

sobre una extensión de más de cien leguas. Este dios se llamaba *Ataguju*. Los mayores datos que tenemos respecto del culto de este dios, son los consignados en la relación de los primeros padres agustinos que entraron en la región para doctrinar a los naturales. Dice la relación (1): «Comenzando a preguntar a los sacerdotes qué sentían de Dios a quien adoraban, dixeron que *Ataguju*, criador de todas las cosas, al cual tenían por principal fin, según su ley; y éste dicen está en el cielo y que no se mueve de allí, y éste viéndose solo crió otros dos (ellos dicen *rura* o hacer por este verbo *ruran*, que quiere decir hacer) para que fuesen tres, y todos estos tres tuviesen una voluntad y un parecer y estos no tenían mujeres, y eran conformes en todas las cosas. El demonio que es como *xamua* (sombra) de Dios, les dijo esto y esta falsa Trinidad. Estos dos que hizo *Ataguju*, el uno se llamaba *Sagadzahra* y el otro *Vungrabrad*: estos lo hacían y gobernaban todo con *Ataguju* (2).

Para adorar esta falsa Trinidad y mocharla tenían grandes corrales y estos tenían por una parte la pared muy alta, y tenían dentro unos hoyos donde hincaban unos palos para hacer las fiestas, y en medio ponían un palo, y revolvíanle con paja y atavala y él que avia de sacrificar subía encima

(1) Relación de la Religión y Ritos del Perú hecha por los primeros religiosos Agustinos que allí pasaron para la conversión de los naturales. Col. de Urteaga y Romero. 1.^a Serie. Vol. XI. Lima 1918.

(2) Estas triadas de dioses son comunes en el Perú sin que tengan nada que hacer con la idea de la Trinidad, siendo distintas personas con atributos diversos.

del palo, vestido de unas vestiduras blancas y mataban un coy y ofrecían la sangre a *Ataguju*, y él comiase la carne; y otros mataban ovejas y echaban sangre al palo y comiase la carne, que della no había de sobrar nada ni de allí habían de sacar nada para los otros. Había en las paredes muchas poyatillas para guardar las reliquias que de la oveja o carnero quedaban... al pié de los palos echaba el mayor sacerdote gran fiureza de chicha, (azua) y zanco: sanco es un poco de maíz revuelto con agua caliente y desta hacen comida general para todas las guacas, y dicen que come *Ataguju* y en estos corrales hacían grandes fiestas en sus sacrificios que duraban cinco días y hacían grandes *taquis* y cantos; vestidos lo mejor que podían y hay grandes borracheras...

También hacen y nosotros vimos el sacrificio queste *Ataguju* tenía dos criados que le servían: el uno llamado *Uvigaicho* y el otro *Vustigui*, a estos mochaban matando coyos y les daban zanco, y la manera de mochar era cuando el maíz echa flor dícenle: «rogad a *Ataguju* que no caiga granizo en los maíces y rogalle que me dé mucho maíz y hijos y ovejas y de todas las cosas que más hubiere menester». Y estos tenían ellos por intercesores del pueblo y a estos acudían como nosotros a los santos».

Llama servidores o criados de *Ataguju* a *Sugadgabra* y *Uciozgabra*, crió con ellos juntamente a *Guamansuri*».

No obstante de ser *Ataguju* el creador del universo, no lo era de los hombres. Cada tribu en toda la zona tenía su propio dios-creador, además del dios principal y era casi siempre a la vez el *paca-*

rina de la comunidad. Entre los dioses subordinados a *Atagaju* había uno que había adquirido gran fama en la región como oráculo en todo el norte del Perú y era de tanta importancia que los incas se vieron obligados a darle un lugar en su panteón y dos o tres de los últimos monarcas visitaron su santuario para consultarlo y hacerle sacrificios. Este dios se llamaba *Catequil*. Era hijo de *Huamansuri* y por lo tanto nieto de *Atagaju*. La relación de los agustinos relata el mito de su origen en la siguiente manera.

«*Atagaju* hizo un hombre llamado *Huamanchuri* (1) quien descendió a la tierra en la provincia de Huamachuco (2) donde se encontró con algunos de los habitantes originales del lugar, que se denominaban *Guachamines* que significa «los tenebrosos». No se sabe si eran o no seres humanos, aunque es probable por lo que sigue. Los *Guachamines* hicieron trabajar a *Huamanchuri*, en sus siembras y en otras cosas pesadas. Entre ellos había una hembra, hija de uno y hermana de los demás, quien se llamaba *Cautaguan*.

Un día los *Guachamines* tuvieron que ausentarse y dejaron encerrada a *Cautaguan*. *Huamanchuri* logró entrar donde ella estaba y seduciéndola la dejó preñada. Cuando volvieron los *Guachamines*

(1) El texto dice *Huamansuri* y *Huamansiri*, pero debe ser a todas luces *Huamanchuri*, hijo del halcón, porque como veremos este personaje era el fundador del pueblo y su pacarina de donde derivaron su nombre.

(2) *Huamachuco*, gorro de halcón. Refiérese a la costumbre de este pueblo de adornar la cabeza con gorros hechos de las pieles y plumas del halcón, su tótem nacional.

(1) y vieron la condición de su hermana y supieron que el autor había sido Huamanchuri le tomaron y quemáronle, moliendo sus huesos para que no quedara recuerdo de él. Dicen los indios que sus cenizas fueron llevadas al cielo por los vientos y que Huamanchuri permaneció con su padre *Atagaju*.

Cautaguan sobrevivió a su amante muy poco tiempo y murió dando a luz dos huevos (2). Sus hermanos los tomaron y los botaron al corral donde fueron empollados por el calor del sol. De ellos nacieron dos robustos niños varones, llamados respectivamente *Catequil* y *Piguerao*. Este último no vuelve a figurar en el mito. Una mujer tuvo compasión de los gemelos desamparados y los crió.

Catequil luego después de su nacimiento comenzó a demostrar su poder. En poco tiempo se fué donde estaba sepultada su madre y la resucitó. Ella le dió entonces las dos *huaracas* (hondas) que *Huamanchuri* había dejado a su cargo para que las diera al fruto de sus relaciones, para que con ellas matara a los *Guachamines*. Muy pronto el ro-

(1) Dicen los Agustinos que los Indios creyeron ser Cristianos los Guachamines por las crueldades que cometieron con ellos los primeros españoles.

(2) Es interesante notar la recurrencia del huevo en la mitología peruana. En un mito de Tiahuanaco, el sol, después de su desaparición, fué empollado en un huevo de cóndor. El huevo aparece nuevamente en el mito de Vichama y aquí otra vez figura como elemento de la creación de una nueva generación de hombres. Para el mayor desenvolvimiento del mito del huevo cósmico, referimos nuestros lectores a la obra ya citada del Dr. Lehmann—Nitsche—Curicanha—y a otras obras del mismo autor.

busto muchacho ejecutó la tarea que le había dejado su padre y exterminó la generación de los Guachamines, a excepción de unos pocos que no pudo alcanzar con sus *huaracas* y a éstos los echó de aquella tierra.

En seguida subió a los cielos y dió cuenta a *Ataguju* que la tierra estaba ya libre de los Guachamines y le rogó que crease indios para poblar y cultivarla de nuevo. *Ataguju* le dijo que fuese él mismo al cerro Ipuna (también llamado Guacat, encima de Santa Cruz, donde después se fundó el pueblo de Parilla, entre Trujillo y Lima) y que cavase en la tierra con un azadón o arado de oro y plata que le dió, y que de allí saldrían indios para poblar la tierra y multiplicarse. Siguió los consejos de *Ataguju* y ésto fué el origen de su linaje.

Otra versión agrega «y este fué el origen de los Huamachucos quienes vieron en *Huamanchuri* al fundador de su linaje y en *Catequil* su hacedor».

En este mito, como en los otros referentes a la creación, que hemos citado, figuran dos o más creaciones distintas. El creador del mundo fué *Ataguju*, pero él no fué el dios-creador de los Huamachucos, puesto ocupado por *Catequil*, pero lo era de la tierra, el cielo, etc. Al mismo tiempo miraban a *Huamanchuri* como pacarina y fundador de la nación, cuyo tótem era el halcón *huaman*, de donde derivaban su nombre.

Al parecer *Ataguju* era el creador de toda la región y era reconocido como tal por varias tribus distintas, pero emparentadas; mientras que *Catequil* era originalmente el dios-creador local de un ayllu de los Huamachucos. Sin embargo su

fama de oráculo hizo que su nombre se extendiera a todos los pueblos de la zona y al igual de Irma o *Pachacamac* en los llanos, se hizo famoso en toda la región montañosa de la Cordillera Occidental y valles intermedios.

Montecinos nos dice que Huayna Capac consultó el oráculo de Catequil y que éste le predijo su muerte durante la campaña que seguía contra un hermano rebelado. Esta predicción se verificó y Atahualpa (otros dicen Huáscar) irritado por la muerte de su padre, destruyó el templo y el ídolo del dios; pero los sacerdotes salvaron el ídolo y lo llevaron a Cahuana, donde construyeron otro templo y continuaron el culto. La relación de los agustinos dice que Atahualpa con sus propias manos destruyó el ídolo; sus soldados arrojaron la cabeza de éste al río con algunos pedazos del cuerpo. «Después el sacerdote mayor supo cómo la cabeza de Catequil estaba en el río y con gran cantidad de indios y amigos fueron al río y sacaron la cabeza y tres pedazos del cuerpo y con gran reverencia los llevaron e hicieron una gran casa y los pusieron en ella y lo adoraron como antes... Después que vieron que los cristianos iban en aumento, porque no les quitasen o desbaratasen, quitaron de allí la casa y llevaron la cabeza y pedazos a una sierra, a una cueva que estaba en una peña y allí se adoraba, y hacía el demonio mucho mal.

Arriaga hablando del ídolo lo llama *Apu Catequilla*, Calancha dice *Catequilla* se guardaba como ídolo en el pueblecito de Tauca en Conchucos. Sarmiento nos cuenta que el ídolo *Catequilla* fué llevado al Cuzco por un Capitán de Huayna Ca-

pac, llamado Yasca. Tanto Sarmiento como Arriaga dicen que fué adorado por los indios de Cajamarca y Huamanchuco.

La relación de los Agustinos continúa: «Los indios tienen un gran respeto a *Catequil*, porque dicen que él fué su creador y que es él que causa el trueno, el relámpago y el rayo, con su *huaraca*. Adoran también a *Ataguju* quien hizo el mundo y todo lo que hay en ella y a *Huamanchuri* quien dió principio a su linaje. *Cautaguan* es la madre de su raza y a ella también recuerdan en sus devociones. Los *Guachamines* son los espíritus malos que siempre se empeñan en producirles perjuicios, enfermedades y otros males. Después de los malos tratos recibidos a manos de los conquistadores españoles, los huamanchucos imaginaron que estos eran los *Guachamines*, que habían vuelto a la tierra y clamaban a *Catequil* que les librara nuevamente de ellos».

Girard de Rialle (1) Comentando este mito, identifica *Catequil* con *Illapa* el dios del trueno de los Incas. Dice: «La leyenda corriente en la región montañosa del Perú, tocante al dios *Catequil* (el Júpiter peruano) pertenece más bien a la mitología fetiquista de los pueblos salvajes, que más tarde recibieron los beneficios de la civilización de los Incas. Al mismo tiempo tenía otros nombres, Chuquilla el trueno, Catuilla, el relámpago y Intiallapa (Intip Illapa) el rayo, además del nombre general *Illapa*, que también significa rayo.

No le seguiremos en sus argumentos sobre el ori-

(1) *Mithologie Comporée*. Vol. I., pp. 259 y sig. París 189.

gen del nombre *Catequil*, porque demuestra que sus conocimientos de las lenguas nativas eran bastante defectuosos y se nota cierta confusión en los nombres indígenas que cita. Reproduciremos, no obstante, su interpretación del mito, porque es interesante y puede reflejar algunas de las creencias de los indios. Dice: «Como *Catequil* es un dios del trueno, su mito es naturalmente una leyenda mitológica de la tempestad. El hijo del cielo, personificación del cielo mismo se une con la diosa de las negras nubes de la tempestad, es decir, con la nube misma; las nubes del huracán, los tenebrosos *Gua-chamines* hacen su posible para ahogar el rayo *Catequil*, quien acompañado del relámpago *Piguerao* las dispersa y las destruye; fulminando la tierra y fecundándola con su rayo de fuego (o de oro), la fertiliza y la hace producir la vida y los hombres que nacen de ella.

«*Catequil* era temido, pero a la vez mirado como dios benéfico, pues presidía los poderes de la fecundidad.

«Empero, aunque formando parte del panteón peruano, el dios del trueno nos procura un nuevo grupo de mitos, distintos de los de *Inti* y *Viracocha* e indica un estado religioso mucho más antiguo que la teología de los Incas.

El autor asocia a *Catequil* con el culto de las rocas y dice que el dios «se deleitaba con las ofrendas sangrientas y sacrificios humanos».

Aunque se pueden aceptar algunos de estas observaciones como posibles conceptos secundarios de los indios, no podemos admitir que fuesen los primitivos. Llamamos nuevamente la atención al

hecho que todos estos mitos de la creación eran tentativas de las diferentes tribus de explicar su propio origen, independientemente de aquel de cualquier otro grupo; y en aquellos casos donde existen dos o más dioses-creadores, la solución del enigma es generalmente fácil y lógica, una vez que se da cuenta del modo de pensar de los indios. Empero las razones de la duplicación o aún la multiplicación de los dioses-creadores de una nación, no son siempre las mismas; ni se pueden siempre indicar, porque, a veces, faltan antecedentes en que fundarse. En algunos casos se puede juzgar solamente por analogías y deducciones sacadas de lo que se sabe de otras tribus o naciones cuyas condiciones sociales y religiosas son o eran iguales o parecidas.

Si Girard de Rialle hubiera conocido un poco mejor la mitología sudamericana, habría visto que este mito de *Catequil* era de origen selvática y en este caso estamos con el Dr. Tello cuando lo derive de la leyenda de los tigres tan difundida entre las tribus de la floresta. Si tomamos como base de esta serie de mitos, el síntesis que da este mismo autor, veremos que corresponde con ellos en casi todos sus detalles, la historia de *Catequil*. El resumen que da es el siguiente: «Un genio omnipotente, por medio de procedimientos mágicos fecunda a una doncella obligada a salir en el campo en busca del ser de quien ha concebido es guiada por sus hijos que le hablan desde su vientre, hacia el poniente, y para quienes en recompensa recoge flores y frutas; extraviada en el camino en la floresta por ciertas circunstancias, llega a casa de los jaguares;

donde es hospedada y protegida por la madre de los tigres y muerta y devorada; de su cadáver salen los mellizos, que son cuidados durante su infancia por la protectora de su madre; sabedores más tarde por medio de un pájaro a quien persiguen, de la forma como muriera su madre, vengan su muerte, asesinando a todos los tigres, excepto uno, que logra escapar mediante el auxilio de la luna. Después de haber realizado su propósito y muchos hechos y acontecimientos maravillosos, así en la tierra como en el cielo etc. desaparecen de la tierra, confundiendo o identificándose con las estrellas». (1)

Algunos de los detalles del mito de *Catequil* no corresponden exactamente con estos pormenores, debido al cambio de ambiente, pero sus fundamentos esenciales se hallan todos presentes. El ser omnipotente envía su hijo a la tierra la cual halla poblada de genios tenebrosos y malévolos, los *guachamines*, que es fácil identificar con los tigres del mito florestal. Halla una doncella a quien fecunda de dos mellizos, por medios mágicos, pues salen de dos huevos. La peregrinación de la madre no figura porque la versión parece fragmentaria, pero de todo modo se alberga en la casa de los *guachamines*, aunque aquí figura como hermana de ellos. Muere, y sus hijos son recogidos y cuidados por una mujer, quien puede ser la madre de los tenebrosos. Más tarde uno de ellos, *Catequil* llega a saber de la muerte de su madre, a quien resucita y de ella recibe los medios de su venganza. Mata a

(1) Wira Kocho. Ob. cit.

todos los *guachamines* a escepción de unos pocos, quienes se escapan, aunque no sabemos de qué manera, porque en la versión salvada, no hallamos detalles, Después de cumplir su misión de venganza, *Catequil* se convierte en héroe cultural, crea una nueva generación de hombres, introduce la agricultura, sube y baja al cielo a voluntad y finalmente se identifica con uno de las fuerzas naturales, el trueno, que aquí reemplaza las estrellas del mito florestal.

Era inevitable que algunos detalles del mito habrían de cambiar o modificarse en su nuevo ambiente, pero quedan suficientes indicios esenciales para poder asegurar que se trata del mismo mito tan esparcido en las florestas del Amazonas y Orinoco. Diremos de paso que es el único de todos los mitos peruanos que compara y trata de identificar con los de la selva el Dr. Tello, en qué, según nuestro parecer, logra el objeto que persigue.

En cuanto a las representaciones del tigre en el arte antiguo, y especialmente en la alfarería, estas se pueden explicar por el totemismo de los diferentes pueblos peruanos, entre los cuales el tigre y los demás felinos como el león (puma), el uturun-cu, el titi y otros figuran como los tótemes más repartidos, y no es necesario ir a las selvas en busca de pruebas de influencias fundamentales. Admitimos las influencias florestales en las culturas de la sierra, y quizá en la costa, especialmente en el Ecuador, pero en nuestro concepto éstas no eran ni fundamentales ni tan numerosas como opina el Dr. Tello y lejos de establecer la unidad de la cultura parecen más bien probar su diversidad.

Para comprender las ideas de los indios respecto de sus dioses-creadores, es preciso contemplar la situación social y política de las tribus peruanas, antes del surgimiento de los Incas del Cuzco, cuando todo el territorio se hallaba en estado de *behetrias* o grupos independientes, por la mayor parte aislados. Su sistema social se basaba en la familia. El grupo de familias consanguíneas era el clan o ayllu. Un número reducido de ayllus, todos emparentados de cerca formaba el *hunu* y la reunión de *hunus* de un solo origen era la tribu. A veces, por la larga residencia en una región determinada, las ramas colaterales de una misma descendencia se multiplicaban y formaban dos o más tribus distintas; las que, sin embargo, reconocían un origen común lejano. Esta agrupación de tribus de una sola estirpe, era la nación.

Los collas, o el grupo de tribus radicadas en la vecindad del lago Titicaca y que después se extendió hacia el norte, era una nación. Los incas eran una de las tribus de esta nacionalidad, compuesta de numerosos ayllus o clanes; que después se multiplicaron a su vez, hasta formar otra nación independiente.

Generalmente, después de muchas generaciones, el primer jefe considerado como fundador, llegaba a ser, al principio tradicional y luego legendario. Este era el *pacarina* o *achachila*, él de quien todos descendían. Este origen no se olvidaba, porque uno de los fundamentos de sus ideas sociales y religiosas era el culto de los antepasados. Mientras que el grupo era pequeño, no tenía más que un *pacarina*; pero a medida que crecía y se desprendían

nuevos ayllus, el fundador de cada uno de estos, con el tiempo llegaba a ser el *pacarina* especial de ese grupo. No obstante, siempre reconocían como fundador y *pacarina* original, al primero. Después de muchas generaciones, cuando por el desarrollo natural, cada ayllu de los primeros se había convertido en tribu, cada una tendría su *pacarina* tribal, al mismo tiempo que reverenciaban el primitivo como fundador de la nación o grupo emparentado de tribus (1). Dichos *pacarinas* eran para ellos sus creadores; y de esta manera se explica en muchos casos, que los mitos hablan de más de un creador. El *pacarina* primitivo, el fundador de la nación, era generalmente mirado como el creador de la tierra o del mundo (entiéndase el territorio ocupado por la nación) y de todo que había en ella, menos, y fíjese bien en la reserva, de las gentes, que constituían cada tribu, las cuales generalmente tenían cada uno su creador independiente, que era hijo o hermano del creador del mundo, pero raras veces él mismo.

El caso de los collas es curioso. *Viracocha* era reconocido por todas las tribus de la nación como

(1) Esto lo vemos en el caso de los huamachucos, quienes además de los dioses-creadores mencionados tenían dioses menores, los *pacarinas* de los ayllus, que se llamaban: Ulpillo, Pomacama, Caoquilea, Quinjachuco, Nomadoy, Huana-Catequil, Casipoma, Llayguen, Topalimillay, Muniguindo Huaracayoc, etc. Los nueve primeros eran los principales y Tupac, Yupanqui como también Huayna Capac hicieron sacrificios a ellos, cada uno de ellos tenía sus tierras y criados para su servicio y grandes riquezas en ofrendas. Los ayllus que en su mayor parte llevaban los mismos nombres creían que estos *pacarinas* o dioses los habían procreado.

el creador universal, y el nombre de *Viracocha* se aplicaba a todos los diferentes *pacarinas* o creadores locales. Esto ha hecho creer que se trataba siempre de un solo y único personaje. Pero, en verdad no era así. Cada tribu distinguía su propio dios creador de los demás y aún cuando todos se llamaban *Viracocha*. Por eso vemos que los dioses locales llevaban un nombre distintivo, como *Urcos Viracocha*, el *Viracocha* de los *Urcos*, *Ymaymana Viracocha*, *Tocapu Viracocha*, sus hijos, o sean los dioses de ayllus desprendidos, *Cacha Viracocha*, *Chanca Viracocha*, *Uru-Sayra Viracocha*, *Chuqui-Chanca Viracocha*, *Huaypar Viracocha* hermanos de *Urcos Viracocha*, es decir, los dioses o *pacarinas* de ayllus o tribus de descendencia colateral. Pero además de todos éstos existía el gran dios *Viracocha*, el creador de toda la nación, del mundo y todo que en ella había. Este se llamaba *Hatun Viracocha*, y era reconocido como el *pacarina* o *achachila* de toda la nación entera, y era él que fué adoptado por los incas, quienes a pesar de su cambio de patria y de lengua, siempre acordaban vagamente de su verdadero origen colla.

Otro caso pasó entre las tribus de Cajamarca, pero es más fácil seguir el desarrollo de la idea entre ellos. Todos en general veneraban como creador del mundo a *Ataguju*, el *pacarina* nacional, pero la tribu de los huamanchucos, que formaba parte de la nación tenían de *pacarina* particular a *Huamanchuri*, hijo del último, y uno de los *hunos* o grupos de ayllus desprendidos reconocían de creador y *pacarina* a *Catequil*, hijo de *Huamanchuri* y nieto de *Ataguju*.

El paralelismo es igual; los *pacarinas* de las tribus son los hijos o descendientes del primitivo, ya convertido en *pacarina* nacional, de la misma manera que los de los ayllus son hijos o descendientes de los de las tribus. Para los Incas el *Sol* era hijo de *Viracocha*; *Manco Capac* y los demás Ayares eran hijos del *Sol*, para los huamanchucos *Ataguju*, *Huamanchuri* y *Catequil*, guardaban el mismo parentesco.

Pero también se presentan otros casos diferentes, que no se conforman con este sistema. Por ejemplo, en la costa encontramos una serie de dioses creadores duplicados que están siempre en pugna, empeñándose cada uno a destruir la obra del otro. Más atrás hemos dado la explicación de ésto. No era la lucha simulada que algunos han visto, entre dos fuerzas de la naturaleza, sino una lucha verdadera y por la existencia, entre dos cultos distintos, el de la costa y el de la Sierra, el culto solar que imponían los conquistadores incas. Los antiguos dioses *Con*, *Irma*, *Iraya*, *Rimac*, *Chinchaycamac* y otros luchaban por su existencia, contra el *Sol*, *Viracocha* o *Pachacamac*, resultando parcialmente victoriosos los últimos.

Por todas partes los mitos hablan de generaciones anteriores destruídas o convertidas en piedras, gatos u otros animales u objetos. Esto tampoco era alegórico o fantástico, sino simplemente una manera de explicar lo que, en verdad, eran hechos históricos o a lo menos tradicionales. Para darse cuenta de su significado, debe recordarse que muy pocas de las tribus eran autóctonas en los lugares donde las hallaron los españoles. En épocas ante-

riores hubieron grandes y constantes movimientos de gentes y casi siempre quedaban vagas memorias de las guerras de exterminio o que terminaban por la expulsión de pueblos anteriores. Estas victorias se atribuían a los pacarinas o jefes antiguos que habían encabezado las inmigraciones y que después generalmente figuraban como creadores de la raza (1). En muchas partes quedaban restos de antiguos edificios, estatuas y otros objetos, cuyo origen no se conocía o se había olvidado. Con el tiempo, se formaban leyendas alrededor de éstos, relacionándolos con las antiguas tradiciones de sus pacarinas y casi siempre se recurría a la explicación de que las citadas estatuas o ídolos eran hombres de la generación anterior, convertidos en piedras por el pacarina o creador, quienes hicieron o procrearon una nueva generación, representada por las tribus actuales. Algunas veces se amalgamaban los nuevos llegados con los originales, y entonces cuando los cultos eran diferentes, se promovía una lucha entre los dos, que a veces se recordaba en los mitos.

Entre algunos de los pueblos más antiguos, los tótemes se habían derivado de alguna de las fuerzas de la naturaleza, y ésta se había confundido con el pacarina, o bien al pacarina se le atribuía los poderes de dicho fenómeno. En las regiones de

(1) De esta manera los Incas imputaban todas sus victorias a Manco Capac cuya estatua llevaban siempre consigo en sus batallas y los chancas a Uscovilea y Andovilea, los pacarinas y dioses-creadores, cuyas estatuas fueron capturadas por Inca Yupanqui cuando derrotó a dicho pueblo en su invasión del valle del Cuzco.

las altas montañas era casi siempre con el trueno y en la costa con el mar. *Viracocha*, *Con*, *Catequil*, *Chiqui*, el dios-creador de los Calchaquies, *Pillán* de los araucanos, eran todos a la vez, dioses-creadores y pacarinas de sus respectivos pueblos. *Inti*, *Pachacamac*, *Iraya*, *Vichama*, y *Antü*, el dios de los indios de Chile Central, eran todos representaciones del Sol; mientras que *Irma*, *Ni*, de los Chimus, *Chot* de los indígenas de Lambayeque y otros cuyos nombres no aparecen, eran todos dioses marítimos.

Es en este sentido secundario que podemos aceptar las observaciones de Girard de Rialle, cuando reviste a los dioses peruanos con los aspectos de la naturaleza; pero en su forma primitiva dichos dioses-creadores eran casi sin excepción, los *pacarinas* o antepasados de las tribus o naciones que creían en ellos. Cualquier otro concepto era posterior y secundario. Podemos estar seguros que tanto *Viracocha*, como los otros dioses que hemos mencionado, tuvieron su origen en el *pacarina*. El tótem con que eran relacionados representaría alguna fuerza natural el trueno, el mar, algún astro, etc. Después de muchas generaciones cuando el ayllu original se había desarrollado en tribu o en nación estas entidades perderían su individualidad y confundándose en una sola, darían nacimiento a las leyendas que los representaban como dioses de la naturaleza, sin perder su carácter de *pacarina*, ya convertido en creador. En la mayoría de los casos que hemos estudiado, el dios creaba a los hombres, engendrándolos, y como en el caso de los Incas, sus criaturas se consideraban y se llamaban sus hijos,

y descendientes. Algunas veces, cuando el pueblo era muy grande y muy antiguo, esta noción se perdía de vista o se reservaba para los *pacarinas* tribales, frecuentemente elevados también al rango de creadores, y el *pacarina* primitivo se miraba como el creador del mundo, delegándose la creación de los hombres a los *pacarinas* o creadores locales.

Cuando los hombres no eran procreados por el dios, su creación resultaba de algún hecho material, como en el caso de *Viracocha* quien modeló las gentes de barro o el de *Catequil* quien las sacó de la tierra por un trabajo físico. Sólo *Con* creó a los hombres con su resuello; y en este caso es probable que la leyenda quedó trunca y que éste era la manera de vivificarlos después de haberlos hecho previamente por algún otro medio material, como sucedió con *Viracocha*, quien una vez terminados los modelos de barro, los vivificó también con su resuello. Es interesante notar que esta forma de creación es la misma que figura en el mito bíblico de la génesis del hombre.

Algunos han querido sacar de los mitos de *Viracocha* y *Con* la deducción que, por ser éstos, dioses-creadores, la religión primitiva debía haber sido monoteísta, ya que en aquellos tiempos no habían más dioses que ellos. Este argumento sofístico se ha hecho valer muchas veces en otras partes y con otros pueblos; pero por lo que toca a los pueblos andinos, se basa sobre premisas falsas. Se supone, *a priori*, que la creencia en un dios-creador debía ser la más antigua, porque se trata de la primera aparición del hombre, sin darse cuenta que el concepto de un dios, sea éste o no creador de la

humanidad, es *siempre* una evolución mental tardía, precedida por otras etapas anteriores de desarrollo, y que la idea de un creador, de cualquiera naturaleza que sea, *nunca* es la primitiva, por más que algunas escuelas se esfuerzan para presentarla así.

En la región occidental de Sud-América, por todas partes donde algo se sabe de las ideas religiosas de los indígenas, se encuentra que el fondo de todo concepto es el animismo en una u otra forma de desarrollo. Siguiendo los preceptos del método histórico, debemos entonces fundarnos en este punto de partido, sin preocuparnos de los prejuicios dogmáticos de otros.

Sobre la base de animismo, se desenvuelven las ideas más avanzadas. En ella estriba el totemismo, el culto de los antepasados o *pacarinas*, quienes a menudo terminan por convertirse en los dioses-creadores de sus respectivos descendientes; de manera que el politeísmo, hablando en el sentido más amplio, es siempre anterior al monoteísmo, el cual, en esta región del mundo no se había desarrollado en ninguna parte, ni siquiera hipotéticamente.

Viracocha aparece no solamente como *pacarina* legendario de los collas, sino también como dios del trueno, sin duda por su relación con un tótem ya olvidado, con el cual se confundió y cuyos poderes sobrenaturales le fueron atribuidos. Se presenta con dominio sobre las fuerzas volcánicas y sísmicas como sucedió también con *Catequil*, *Con*, *Criqui* y otros.

Las supersticiones respecto del trueno en la región andina son iguales o parecidas desde Panamá hasta Chiloé. *Pillán* el nombre genérico que entre

los araucanos correspondía al *pacarina* de los quechuas, era también el dios del trueno y manejaba a su antojo los temblores y erupciones volcánicas, de la misma manera en que lo hacía *Viracocha*.

Por todas partes de la región andina, se le sacrificaban niños de tiernos años; los gemelos eran considerados hijos del rayo y a menudo se sacrificaba uno o ambos. Si moría uno de ellos se guardaba su cadáver como cosa sagrada y servía de protección contra las tempestades eléctricas. Una casa o un predio fulminado por el rayo se desocupaba, creyendo que el dios había tomado posesión de él y no se lo volvía a ocupar o utilizar. Un árbol, una peña o cualquier objeto natural rajado o destruido por el rayo en adelante se consideraba sagrado o *tabu*, y le hacían ofrendas y aún sacrificios. Las piedras meteóricas se llamaban «piedras del rayo» y eran también objetos sagrados, empleándose las a veces para procurar la lluvia. En muchas partes el dios del trueno tenía sus templos o santuarios y sus sacerdotes, llamados entre las tribus de habla quechua, *Liniavillac*.

En toda la zona, el dios del trueno se representaba armado de una maza o bordón y de una honda. Así *Viracocha* o *Tonapa* llevaba bordón y descabezaba montañas con su *huaraca* u honda. *Catequil* estaba armado de la misma manera y con su honda exterminó a los Guachamines; *Chiqui* y *Pillán* ambos tenían hondas con que tiraban los rayos o meteoros.

Polo de Ondegardo cuenta la misma cosa de Chuqui Illa. Dice: «Después del Viracocha y del Sol, la tercera Huaca y de más veneración era el trueno; al cual llamaban por tres nombres *Chu-*

quilla, Catuilla y Intiillapa: fingiendo que es un hombre que está en el cielo con una honda y vna porra y que está en su mano de llover y granizar y tronar y todo lo demás que pertenece a la región del ayre donde se hacen los ñublados. Esta es Huaca general de todos los Taitos y ofresenle diuersos sacrificios y en el Cuzco se le sacrificauan también niños como al Sol. Quando alguna muger pare en el campo en día que truena, dizen que la criatura que nace es hijo del trueno; y que se a de dedicar a su seruicio. Y assi hay mucho número de hechiceros de estos que llaman hijos del Trueno». (1)

La «Relación» anónima, dice que los indios del norte del Perú llamaban *Huaucha* al planeta Saturno y le atribuían las pestes y mortandades y hambres y *los rayos y truenos y decían que éste estaba con una porra y con sus arcos y flechas para herir y castigar a los hombres por sus maldades». (2)*

El Padre Vizcarra, citado por Bandalier, relata una leyenda relacionada con el origen de los Incas, corriente entre los indios de Copacabana, que es sugestiva en este sentido. «La península de Copacabana se habitaba en tiempos muy antiguos por una tribu de indios muy rudos, que eran dueños de tropas de llamas. Todas las tardes los pastores traían a la casa del curaca las tropas bajo su guardia. Entre ellos había una niña muda, quien du-

(1) Los Errores y Supersticiones de los Indios sacados del tratado y aueriguación que hizo el licenciado Polo. (1571. Col. de Urteaga y Romero. Serie 1.^a Vol. II. Cap. I.

(2) Relaciones de las Costumbres Antiguas de los Naturales del Pirú. p. 138.

rante varios meses desapareció. El hecho era que había dado a luz en una cueva de la península a un niño, quien fué amamantado por una cierva. El niño sin padre creció en la cueva, y su madre le visitaba todas las tardes. Esto continuaba por varios años, hasta que por fin alguien la siguió y la vió llegar a la cueva. Un niño salió a su encuentro y la abrazó y ella devolvió sus caricias. Cuando este niño llegó a ser hombre, rogó a su madre que le hiciera tres *huaracas*. Con la ayuda de estas armas llegó a ser poderoso y éste fué el origen de los Incas.

Como esta leyenda está truncada no sabemos si el niño era pacarina o dios del trueno, como parecen indicar las hondas, ni sabemos siquiera su nombre, aunque es posible que se refiere a la niñez de Manco Capac.

Existía en la vecindad de Copacabana un antiguo ídolo llamado *Copacati*, que poseía algunos de los caracteres atribuidos al dios del trueno; pero los datos son demasiado escasos para asegurar nada. El Padre Ramos dice que el ídolo era muy feo y rodeado de serpientes, que eran los símbolos del rayo.

Los atributos de los *Ayares* de los Incas también relacionarse con el dios del trueno. *Ayar Cachi* era tan valiente y tan poderoso que las piedras lanzadas por su honda, partían los cerros y los hacían saltar a las nubes. Cuando sus hermanos le encerraron en Capac Tocco, llegaron a ser tan violentos los esfuerzos que hacía para salir, que hicieron temblar la tierra y se volcaron muchos cerros, cayéndose a los valles. Cosa parecida se cuenta de *Ayar Uchu*. Por otra parte hemos visto que el tó-

tem del ayllu Tarpuntay, y por consiguiente el de Inca Yupanqui, era el trueno o raya, *Chuqui Illa*.

Por todos lados el origen de los incas parece relacionarse con el dios del trueno y si a la vez reclaman descendencia del Sol, los dos postulados no son tan contradictorios como a primera vista parece. La dificultad está en que el culto de los incas ha sido llamado el culto del sol y este astro se ha considerado como el dios supremo de su teogonía. Esto es un error como hemos explicado en otra parte, y como queda de manifiesto por los escritos de Molina y otros que nos han dejado descripciones detalladas de su religión. *Viracocha* siempre ocupaba el preferente lugar; a lo menos después del tiempo de Inca Yupanqui y la divinización de su culto. El lugar preeminente del sol anteriormente, proviene del hecho que el Cuzco sólo habitaban los ayllus descendidos de *Manco Capac*, cuyo tótem era. Los ayllus descendidos de los otros Ayares residían en otras partes del valle antes que los reunió todos en la ciudad, Inca Yupanqui. Los ayllus collas, no quechuaizados que también atrajo este monarca al Cuzco, para formar el núcleo de la nueva nación, después llamada Incas por los españoles, habitaban el valle del Vilcamayu y reconocían de *pacarina* y creador a *Viracocha*. Para satisfacer los tres elementos diversos de su nueva amalgamación convirtió en deidades, cuya adoración se hacía siempre igual, en las mismas condiciones y simultáneamente, a *Inti*, *Viracocha* y *Chuqui Illa*, quienes representaban a la vez los pacarinas y los tótemes de estos tres grupos de ayllus. La razón por que los españoles hablaban siempre de dicha religión como culto solar, era que el nombre

dado a todos los principales templos donde se adoraban estos dioses en conjunto, se llamaban *Inti-huasi*, Casa del Sol. Pero este nombre, tomado del templo del Cuzco, era tan antiguo como la ciudad misma, siendo el del santuario primitivo donde se albergaba el tótem de la tribu, y jamás se cambió. Se dió el mismo nombre al nuevo templo construído por Inca Yupanqui, porque la primera deidad creada fué justamente el Sol. Los otros se incorporaron más tarde, pero el templo siguió llamándose *Inti-huasi*. Luego las tierras que se dedicaron al culto, los tributos de toda clase y todo lo material relacionado con el mantenimiento de la religión se llamaba igualmente del Sol. Pero en el culto mismo, los tres dioses ocupaban un igual lugar, aunque las plegarias ofrecidas a Viracocha eran mucho más frecuentes que las que se dirigían al Sol o a Chuqui Illa.

Es muy probable que durante los últimos tiempos del imperio comenzaba a sentirse entre los más intelectuales de los Incas, un concepto de un creador universal, distinto de aquel del *pacarina* o creador de la tribu o nación, y puede ser también que comenzaban a dotarle con atributos más omnipotentes y elevados que hasta entonces había tenido. De esta manera se puede entender la tentativa de identificar los principales dioses-creadores con el suyo propio y que hayan dado a este ser, en su nuevo carácter, los títulos de *Pacha-rurac*, hacedor del mundo y *Pachacamac*, Director del mundo. Pero, al mismo tiempo, es seguro que estas ideas no habían hecho raíz entre el populacho, quienes, considerando los dioses-creadores primariamente como *pacarinas* no podían llegar a confundirlos o a identificarlos.



CAPITULO VI

El culto solar

El culto del Sol según los historiadores.—Gobierno teocrático.—El culto del Sol en las provincias conquistadas.—La primera aparición del Sol en el culto de los incas.—El Sol era su tótem.—La Intihuasi o Casa del Sol en el Cuzco.—El Inca Yupanqui la reconstruye y la enriquece.—Las representaciones del Sol en el nuevo templo.—Inca Yupanqui reforma el culto.—El escepticismo de los monarcas y la introducción del culto de Viracocha.—La plebe y el culto del Sol.—La exclusividad del culto solar.—Observaciones oculares de algunos cronistas.—Las fiestas del Sol.—Las ofrendas y los sacrificios.—Las costumbres y las fiestas.—Los sacerdotes.—Las Virgenes del Sol.—lo que dicen los primeros cronistas respecto de ellas.—Los escritores modernos y sus opiniones al respecto.—La moralidad de los Incas y las otras tribus del imperio.—Las *acllas* o mujeres escogidas eran un tributo en mujeres.—Sus categorías y su destino.—Confusiones en que han caído los escritores.—Lo que era en verdad esta institución.—Iniciada por Inca Yupanqui.—Escogidas del Sol y escogidas del Inca.—Observaciones generales sobre el culto.

SEGUN todos los cronistas e historiadores del Imperio Peruano, y la mayoría de los comentadores de sus obras, la religión imperial era el culto solar, en que todo se hallaba subordinado a la adoración del sol.

En apariencia era así. El sol era, por decirlo así, la deidad dinástica de la raza dominante, la divinidad personal de los monarcas, quienes reclamaban su descendencia del astro y por lo tanto pretendían un origen divino. En el Cuzco, capital del imperio y residencia principal del Inca, el culto del sol, el culto real, al parecer, dejaba en la sombra a todos los demás dioses, incluso Viracocha, el dios-creador aunque a éste también le profesaban gran respeto y veneración. Las principales fiestas del año, cualquiera que hayan sido su origen, se han llamado fiestas del sol. El mayor y principal de los templos de la capital se llamaba Inti-huasi, Casa del Sol. Era el Sol que tenía mayor cantidad de riquezas de toda clase, de oro, plata, joyas, mujeres, tierras, ganados, servidores y el mayor número de sacerdotes. Compartía con el Inca todos los tributos del imperio. Su sacerdocio era la jerarquía que tenía más poder en el estado, mayor aún que el de la fraternidad o casta militar, y el título de Supremo Sacerdote del Sol era el más alto que poseía el monarca. Los sacerdotes del sol formaban una jerarquía superior y los que ocupaban los puestos más altos en ella formaban la verdadera base del gobierno imperial, el cual durante los reinados de los últimos Incas era netamente teocrático.

El número de personas ocupadas directamente o indirectamente en todo lo concerniente al culto era mayor que el del ejército más grande del imperio, unido a todos los empleados en asuntos administrativos. Incluía a los sacerdotes propiamente dichos, no solamente del sol, sino de todos los demás cultos del imperio, todos los divinos, magos, shamanes, médicos, hechiceros, y ministros menores de todas cla-

ses (1); miles de mujeres y doncellas ocupadas o relacionadas con los templos, los sirvientes innumerables que trabajaban las tierras llamadas del Sol, los pastores, correos, cargadores, y todos los cuyas actividades eran necesarias para la marcha y mantención de esta inmensa maquinaria religiosa.

El país entero se cubría de templos, santuarios y lugares sagrados y la pompa, las ceremonias y el esplendor que se mantenían en algunos de ellos eran asombrosos. Debe recordarse que entre los pueblos

(1) Un escritor moderno sintetiza muy bien la política de los Incas en incorporar los ministros de todos los cultos a la jerarquía del sacerdocio oficial, para así ganar su adhesión. Dice: «En las provincias, la familia de los Incas reales, grande como era, no pudo haber proveído sacerdotes suficientes para todos los santuarios y, por otra parte, habrían ritos, tradiciones y quizá sacerdocios que podría muy bien encuadrarse dentro del marco de la religión oficial. Los Incas por consiguiente decidieron que todos los sacerdotes de las deidades locales se afiliasen al sacerdocio imperial. Pero de tal modo que los jefes de los cultos locales fuesen a la vez sacerdotes subordinados de las deidades del imperio. ¿Qué método más feliz pudo hallarse para enseñar las poblaciones sujetas, mientras mantenían también sus formas tradicionales de culto, a reconocer que el culto imperial patrocinado por el Inca reinante, fuese superior a todos los otros? Y qué valiosa garantía de su obediencia se obtenía por esta asociación del sacerdocio no incaico con el oficial, en cuyos honores y ventajas participaban, sin dejar lugar a aspiraciones de independencia. Es éste uno de los hechos que explica cómo una teocracia, que al fin y al cabo se basaba en las pretensiones absolutas y exclusivas de una sola mitología especial, pudo consolidarse y durar por siglos, ejercitando al mismo tiempo una gran tolerancia hacia otras tradiciones y formas de culto». (Réville. *The Religions of Méjico and Perú*. Ob. cit. p. 203).

de una civilización primitiva, la religión por muy despreciable que nos parezca, ocupa un lugar más importante en la vida ordinaria del individuo y de la comunidad, que entre las naciones más adelantadas. Es esencial y todo lo demás está subordinado a ella. En este hecho hallamos la razón, porque tantos gobiernos y estados, al salirse recién de la barbarie, son teocráticos. Más tarde cuando la religión llega a ser monoteísta y por consiguiente más espiritual, el progreso material, poco a poco absorbe y termina por dominar las actividades del gobierno y concluye, a menudo con la separación de la religión y el estado.

Hemos visto en otros capítulos cómo los Incas durante el período de su grandeza habían progresado intelectual y materialmente con mayor rapidez que las demás tribus y naciones que los rodeaban y cómo poco a poco habían extendido sus conquistas y dominio. Su avance intelectual había motivado el desarrollo de un culto deístico y sus gobernantes llegaron a ser sacerdote-reyes, identificándose sus intereses personales y los de su linaje con aquellos de la religión. La política, la justicia la legislación y todo desarrollo cultural se fundieron, llegando a formar partes integrantes del culto nacional o imperial, o como observa Réville: «un método esencialmente teocrático de insistir en la minuciosa reglamentación de todos los actos de la vida humana en nombre de la religión».

Una vez establecido el culto del Sol y reconocida generalmente su divinidad, la posición del monarca Inca como su descendiente y representante en la tierra, dió a éste un poder, una autoridad y

una infalibilidad, que no podrían ponerse en cuestión. Las leyes que promulgaba y aún su menor deseo debían cumplirse explícitamente y sin ninguna tardanza. El desobedecerlos no sólo era criminal, sino sacrílego, y las sanciones para cualquiera infracción eran muy severas.

Como los sacerdotes eran los intérpretes de las leyes y a la vez los ministros de la justicia, recibían por estos capítulos un inmenso poder sobre la población. Principales entre todos los sacerdotes eran los del Sol y la mayoría de ellos, a lo menos los de la más alta actuación, eran de sangre real; de manera que también gozaban del prestigio de una descendencia divina, para dar a su ministerio el máximum de autoridad, procurándoles una obediencia ciega.

Aún en las provincias, donde el culto solar jamás se arraigó en la masa del pueblo, y donde continuaba la adoración de sus propios dioses ancestrales y la práctica de sus ritos familiares; el respeto y veneración tenido para con los Incas y su dios, el Sol, eran generalmente profundos y sinceros. Los sacerdotes locales, a fin de conservar sus propios cultos y ministerios, se vieron obligados a fomentar este acato y reverencia, y el pueblo, a causa de sus ideas animísticas que siempre miraba con tolerancia, cuando no de aprobación, los fetiches o deidades de otros, porque sus poderes eran para ellos desconocidos y era siempre prudente tenerlos gratos y amistosos. Así es que la veneración de otro ser tutelar, sobre todo cuando éste era el de su monarca, no era para ellos una imposición enojosa, sino una protección y beneficio adicional.

En la costa, el Sol, aunque reconocido en algunas

partes como dios-creador, en general no se adoraba, hubo una resistencia bastante pronunciada en aceptarlo como supremo y superior a todos los demás. Esta oposición llegó a hacerse tan tenaz en los valles de Irma y Rimac, que para apaciguar los ánimos, los Incas adoptaron la política de incorporar los dioses de estas denominaciones a su propio culto como dioses imperiales, con tal que los indios de aquellos valles reconociesen al Sol como principal dios del panteón. A *Irma* lo identificaron con su propio dios-creador *Viracocha*, fundiéndolos en uno solo bajo el nuevo nombre de *Pachacamac*, y reconocieron a *Rimac* como oráculo oficial del imperio. La única concesión que obtuvieron de los yungas (1) era el de admitir en igualdad de condiciones, el culto de *Inti*—el Sol, de edificar a este un templo en la vecindad de aquél de *Irma*, llamado desde entonces *Pachacamac*, y el establecimiento de una *aclla-huasi* o casa de escogidas, llamadas por la mayoría de los escritores, Vestales o Vírgenes del Sol. Es muy dudoso, a pesar de estas concesiones, que el culto solar haya cundido en la costa, aunque era respetado por ser el culto oficial.

No se experimentó gran dificultad en implantar este culto entre las tribus montañeses de la Sierra. Muchas de ellas, desde antiguo, reverenciaban al Sol como dios o como *pacarina* o tótem. Los quitus, los scyris, y los cañaris de Ecuador adoraban al Sol mucho antes que los Incas llevaron sus armas

(1) Yungas, tierras calientes; nombre genérico que se ha dado a los habitantes de los cálidos valles de la costa entre Cañete y Trujillo.

a esas regiones. El Sol era su dios principal y la luna esposa de éste, lo mismo que entre los incas. Sobre el cerro de Panecillo existía un templo del Sol, construído de piedra, en forma cuadrada, con techo piramidal. La puerta principal abría hacia el Este de modo que los rayos del sol naciente pudieron caer sobre una imagen de oro, en figura de hombre, que representaba el luminario. El templo de la luna y de las estrellas se hallaba en otro cerro en frente, y tenía forma circular, con varias aberturas en los muros para permitir que los rayos de la luna cayeran sobre una estatua de plata, que representaba la luna en forma de mujer. La bóveda era azul, salpicada de estrellas de plata. Todo ésto recuerda los templos del sol y de la luna en el Cuzco.

Quito situado sobre el ecuador, donde el sol de medio día no arroja sombra, se miraba como ciudad sagrada y fué tenida en mucha reverencia por ser la residencia de la gran deidad del día.

El culto del Sol parece haberse establecido en la región montañosa de Ecuador, mucho antes de la llegada de los Caras o Seyris y numerosos siglos antes aparecieran los incas en esos lugares. Los Caras también adoraban el mismo astro, el cual bajo el nombre de *Pacha* era su *pacarina* o divinidad ancestral. Era análogo a *Manco Capac* de los Incas, pero en vez de descender del sol, una vez que había originado su raza, hallando el mundo oscuro, subió al cielo transformándose en Sol. Los Caras, aunque lo reverenciaban como su principal ser tutelar y lo habían deificado, no se llamaban «hijos del sol» como hacían los incas.

Los quitus tenían un mito del todo parecido. res-

pecto del origen del sol y es difícil saber a cual de los dos pueblos perteneció originalmente (1).

Los Chachapoyas parecen haber también venerado el sol como ser benéfico; a lo menos el cóndor figuraba entre sus tótemes más importantes y en toda la región andina este ave se consideraba símbolo del sol. Entre las tribus chilenas *Antü*, sol, era el tótem más extendido y era a la vez uno de los *pacarinas* o antepasados más venerados. Entre algunos de los pueblos yungas el Sol fué adorado

(1) Es un mito del diluvio, pero la versión conservada parece tener conceptos post-cristianos. El primer hombre que apareció en la tierra se llamaba *Pacha*. No se dice cómo originó. Tuvo tres hijos, quienes eran muy combativos, pero como no tenían con quien pelear, declararon la guerra a una enorme serpiente, que al parecer era el dios del trueno. Dispararon sus flechas hasta dejarla herida. La serpiente para vengarse vomitó tanta agua que se inundó la tierra. Cuando subieron las aguas, *Pacha* y sus tres hijos con sus mujeres se retiraron a la cima del cerro Pichincha, donde construyeron una cabaña donde aprovisionaron con todo lo necesario y reunieron ciertas especies animales. Después de muchos días cesó la lluvia y *Pacha* echó a volar un cuervo, que no volvió, porque descansó sobre las cadáveres flotantes de los animales ahogados y se mantuvo de sus carnes. Algunos días más tarde, soltó otro ave, y éste volvió con hojas verdes en el pico. Dejando pasar aún muchos días, *Pacha*, por fin se bajó de la montaña hasta llegar al lugar donde más tarde se edificó la ciudad de Quito, y allí se estableció, levantando una nueva cabaña. Mientras se construía esta casa se cambiaron las lenguas de los salvados del diluvio, de tal modo que no podían más entenderse. En visto de esto, se separaron y los tres hermanos llegaron a ser los fundadores de tres linajes diversos. Por haberse quedado oscuro el mundo, *Pacha* subió al cielo y allí se convirtió en Sol.

Los Caras también contaban este mito y dijeron que lo habían traído consigo, de allende el mar.

como dios-creador y reconocido como el padre de *Con*, e *Irma*. El dios creador de los huarochiris, *Iraya* era también el dios solar.

Estos factores unidos al reconocimiento del Sol como padre y divinidad del Inca real y de su raza, y a la diplomacia demostrada por los monarcas en asegurar la cooperación del sacerdocio de las naciones conquistadas, hizo relativamente fácil la aceptación de la supremacía del culto solar como religión oficial, aunque no fuese más que en apariencia. La edificación de templos del sol de mucha magnificencia en las principales ciudades del imperio, el derroche fastuoso de enormes cantidades de alimentos y bebidas en las grandes fiestas, el esplendor, la pompa y el ceremonial desplegados en estas ocasiones, hicieron que aún aquellas naciones que no aceptasen el culto, lo mirasen con buenos ojos, con tolerancia y reconocimiento de su supremacía, aunque no reemplazara sus antiguas creencias.

Donde había una resistencia seria, los Incas hicieron compromisos con los sacerdotes locales de los más importantes dioses o seres tutelares, y permitieron la continuación de los cultos indígenas, siempre que ellos por su parte reconociesen la superioridad del culto del Sol, haciéndolo representar en todas sus principales ceremonias. A veces el Inca, para complacer o aplacar susceptibilidades, se dignaba hacer ofrendas o sacrificios a los dioses locales, como sucedió en Pachacamac, Rimac, Huamachuco, Titicaca, Urcos, etc., y en casos extremos los admitía al panteón imperial, el mayor honor que podía concederlos.

Por semejantes métodos, lograron estos monar-

cas extender el culto del sol por todo el imperio y si no todos los pueblos lo adoraban ni llegaba a des- terrar los cultos locales, superficialmente al menos, aparecía por todas partes como la religión oficial y acatada. Así es que cuando llegaron al Perú los españoles, presentaba el aspecto de ser la reli- gión universal y predominante y en este sentido hablan y escriben de ella los cronistas primitivos. Veremos sin embargo, que todo ésto era muy su- perficial y en gran parte ficticio y que entre los mismos incas del Cuzco, el culto del Sol, como adoración exclusiva de este astro, no era lo que se ha supuesto.

¿Pero cuándo y dónde comenzó este culto solar de los Incas y cómo se desarrolló? Ya hemos indi- cado que debemos buscar su origen en el totemis- mo, en cuanto a la tribu misma de los incas; pero es muy probable que alguna forma del culto del sol se conoció en el antiguo pueblo de Tiahuanaco. La recurrencia constante, en el arte de la antigua metrópoli, del cóndor y el puma, ambos símbolos del sol, nos lleva a esta conclusión. En este respecto recordamos lo que Uhle dice de la pintura de un tímalo o *quero* (vaso usado en los sacrificios) hallado en Tiahuanaco y que representa un cóndor empollando el Sol y que indudablemente se refiere a la época de oscuridad de que hablan los mitos de la creación hecha por Viracocha.

No estamos seguros que este célebre arqueólogo cree que la figura central de la Puerta monolítica sea el dios Sol, o no, porque sus declaraciones re- cientes al respecto son algo oscuras. En 1896 era más categórico y rechazó de plano la idea que fue- ra el Sol. En su magnífica obra «Pachacamac»

dice: «Los atributos que se asemejan a cetros en la figura principal del relieve de la Portada son símbolos del poder de dios sobre el trueno y el relámpago. . . Ambos cetros simbolizan armas, el corto y ancho es la maza con que produce el trueno, y el que está partido representa las bolas de tres ramas, las cuales cuando giradas y arrojadas a un blanco, al volar se asemejan a un rayo. Las bolas aquí reemplazan las flechas que simbolizan al rayo en el arte religioso de los llanos. . .

«El dominio del trueno y del rayo atribuido a dios del relieve de la Portada, *excluye enteramente su interpretación como dios solar*. (p. 48).

Parece, sin embargo, que desde entonces ha modificado su opinión al respecto, porque en 1922, escribe: «El hermoso vaso de Tiahuanaco reproducido en colores por *Posnansky* es otro otro vaso sacrificial de este carácter, porque muestra en tres zonas, una sobre otra: dos caras del dios, el Sol; cuatro cabezas de cara plebeya adornadas y cortadas en el sacrificio y los animales simbólicos de su dios, el Sol; el gato encadenado y el cóndor que empuja». (1).

En la nota explicativa que acompaña al texto dice:

El gato encadenado. El gato es considerado en primer lugar en los mitos como el animal que causa los eclipses. Para los indios de Loja (Ecuador) también es el gato el que produce los eclipses de luna. Compara también la vasta significación del

(1) Fundamentos Etnicos y Arqueología de Arica y Tacna. por Max Uhle. Quito 1922. pp. 6-7.

gato en representaciones de vasos protonazcas. *En-cadenado* el gato ya no podía dañar los astros.

El cóndor que empolla. Entre las contraveniencias que encontró el Sol, la más grande era su desaparición en el lago por un diluvio. El cóndor tiene su puesto en aquel mito en esta misma forma (relación del mito entero por las figuras del friso en la portada grande de Tiahuanaco).

Figura 1 del friso: «Un trompeta encima de la figura del Sol» Significación: Se aproxima la tempestad productora del diluvio. Entre los indios del lago existe todavía la costumbre de ahuyentar tempestades de granizo que se aproximan, tocando entre gritos: que se pasen las nubes, con cuernos y trompetas. *Morúa* dice expresamente, que figuras de trompetas eran significativas en el arte antiguo, para expresar «tempestades».

Fig. 2: «El Sol sobrepujado por cuatro cabezas de pescado». Las cuatro cabezas encima de él indican su sumersión en el Diluvio general.

Fig. 3: «El Sol dentro de la barriga (cinta al alrededor) de un pescado». (La cabeza de un pescado encima y varias como cola abajo). «El Sol devorado por un pescado».

Fig. 4: «Una embarcación encima del Sol, al que está pegada la figura de un pescado vertical al lado». Significación: Pescadores apresan el pescado que ha devorado el Sol.

Fig. 5: «Dos cóndores paseándose encima del Sol» Significación: (Vacío: Un cóndor devoró el pescado, enterándose así a su vez el Sol, que antes estaba dentro del pescado). Por la copulación, el cóndor femenino concibe a su vez el Sol. Deponién-

dolo de nuevo en un huevo, *lo empolla*, consecuencia de lo cual:

Fig. 6: «El Sol reapareciendo en el firmamento con todo su esplendor anterior».

No lo dice claramente pero por su interpretación del friso de la gran Portada de Tiahuanaco es de creer que opina ahora que el dios representado por la figura del centro es el Sol.

Empero no hay ninguna evidencia que demuestre cual fuese el lugar ocupado por el sol en las creencias de aquellos tiempos lejanos y no queremos embarcarnos en fútiles suposiciones.

Para nuestro propósito, el sol hace su primera aparición junto con Manco Capac «que era el primer Ynga de quien comenzaron a jactarse y llamarse hijos del sol, hubo principio su idolatría y adoración del Sol». (1)

Uno de los mitos de la creación que hemos relatado, dice que cuando Viracocha creó el sol y este astro estaba al punto de subir al cielo, llamó a Manco Capac como jefe de los incas y le encargó a él y a los suyos que le mirasen por padre de quien todos habían descendido y de jactarse de ser «hijos del sol».

Es evidente por los detalles de esta versión, que el sol, recientemente creado por Viracocha no pudo haber creado a Manco Capac ni a los incas ya que éstos existían y sin duda recordará la alianza totemica pactado entre ellos; el sol como tótem y Manco Capac como progenitor de su linaje, porque era jefe de ayllu y en este carácter aparece en el mito.

(1) Fábulas y Ritos. Ob. cit. p. 118.

La creación del sol en esta época no parece ser la versión original del mito. Otras dicen que el sol se había escondido o refugiado y que en esta época reapareció y es ésta probablemente la versión primitiva. Tanto Ramos como Calancha declaran que los indios de la vecindad del lago miraban a la «Roca Sagrada» de la isla de Titicaca y llamada *Titikala*, como el lugar donde el astro se refugió durante el diluvio y que en el momento de la nueva creación de Viracocha «salió de aquella roca donde se había ocultado». Cieza de León también dice que el sol no había aparecido por algunos días y así indica su existencia anterior. El mito que nos presenta Uhle, es otro de los que indica que el sol existía antes del diluvio y que fué tragado por las aguas y que después reapareció. Por otra parte este mismo hecho se hace aparente por el nombre del ayllu de Manco Clapa (c). Este no se llamaba *Ulca* la denominación antigua del sol en aymará, sino *Capa*, que figura en las historias de los incas en la forma *Capac*. (1) *Capa*, halcón o gavián, era uno de los símbolos del sol en toda la parte occidental de Sud-América.

Hemos demostrado que era costumbre común entre las tribus antiguas de los Andes, que, cuando el clan primitivo se dividía para formarse otros nuevos, las generaciones más recientes tomaban con frecuencia, como tótem de los ayllus nuevos que se fundaban, algún símbolo del tótem original, el cual

(1) No entramos a dar la derivación de esta voz, por haberlo tratado extensamente en otros trabajos: «¿Quién era Manco Capac?» Rev. Chil. de Hist. y Geog. Vol. XLIX pp. 149 y sig. 1924 y «Los Incas: su origen y sus ayllus». Santiago. 1927.

llegaba a ser el nombre del ayllu recién formado. El tótem primitivo era siempre venerado como el de la tribu por todos los ayllus afiliados. En otros casos, el tótem original necesitaba algún símbolo vivo para representarlo en los ritos y ceremonias, y se tomaba el nombre de éste, en vez de aquél del tótem verdadero.

Algo de ésto parece haber pasado con el ayllu de Manco Capa(c), sin que se pueda precisar cual de las dos causas haya obrado. Así se explica que el Sol haya llamado a Manco Capac para recordarle que era todavía «hijo del sol», aunque su ayllu y su linaje se llamaba *Capa*, y que debía continuar la antigua devoción y reverencia que le correspondía como tótem original de la tribu. Que ésta sea la verdadera explicación del apellido *Capa*, el que llegó a llamarse posteriormente *Capac*, está probada por el hecho de llevar los Incas en sus migraciones, el *huauqui* o tótem en forma de halcón, al cual daban el nombre de *Inti*, sol, aunque su verdadero nombre era *Capa*, que en quechua se decía *Chima*, y que era el apellido del ayllu que representaba la descendencia de Manco Capa, o Capac, como nos cuenta Sarmiento de Gamboa.

Entre el tiempo del éxodo de este ayllu de la región del lago de Titicaca y su llegada al Cuzco, deben mediar muchas generaciones y quizá siglos, porque en el intermedio habían abandonado su lengua original, la aymará y adquirida la quechua... Aún el hombre del ayllu se había cambiado de un idioma a otro, y en vez de llamarse por la denominación aymará *Capa*, se empleaba ya el equivalente quechua *Chima*, diciéndose *Chima Panaca*, que quie-

re decir, «hermandad del gavián» (1). Aunque ésta ave era siempre el tótem, su imagen que llevaba consigo en todas sus peregrinaciones, la llamaban *Inti*, recordando así el sol de que era símbolo. Los ayllus después se multiplicaron, y cada uno llegó a tener su tótem, sin embargo, los descendidos de aquel de Manco Capac nunca olvidaron su tótem original, el Sol, el cual hasta el fin del imperio era el ser tutelar y deidad predilecta de la nación, aunque ésta se formó después de elementos heterogéneos. (2).

Las leyendas y tradiciones referentes al origen de los incas no nos llevan más allá que la aparición de Manco Capa(c), la cual era indudablemente posterior a la caída de Tiahuanaco, de manera que nada sabemos del verdadero origen del culto del sol como tótem. No es seguro que el ayllu de Manco Capac fuese el primitivo o si, lo que es más probable, existiera ya una tribu formada de varios ayllus, tribu cuyo tótem era el Sol. (3).

(1) *Panaca* significa el grupo de las hermanas paternas de un varón, incluyendo en esta categoría, las hijas de sus tías paternas. Este grupo se distinguía de las hermanas consanguíneas, o sea, la de la misma procedencia uterina, incluída las hijas de las tías maternas. *Chima* era el nombre quechua del mismo gavián que en aymará se llama *Capa*.

(2) La nación de los incas, tal como la formó Inca Yupanqui, consistía de los ayllus descendidos de Manco Capac, los descendidos de los otros tres Ayares y que parecen haber sido ramas colaterales, y además un número de ayllus de extracción colla, que pertenecían a otras tribus y que habitaban el valle de Vilcamayo. Por ésto, aunque el Sol se reconocía como tótem de la nación, no lo era de todas las tribus y ayllus de origen distinto que formaron esta nación.

(3) Conviene recordar que cuando Manco Capac aparece

Hay otro detalle que señala el sol como el tótem de los incas cuando llegaron al Cuzco. Cieza de León, al hablar de la «Casa del Sol» primitiva, que supone construída por Manco Capac y sus mujeres dice: «El origen y principio de ella fué una pequeña casa de piedra con techo de paja que Manco Capac y sus mujeres edificaron a la cual dieron el nombre de Curicancha que quiere decir lugar de oro». (1). Un poco más adelante dice: «Así Mango Capac construyó dicha casa y la dedicó a la adoración de sus dioses.» Esta última declaración es correcta sólo en parte, porque sabemos de otras fuentes, que sirvió a las *sinchis* y sus familias de residencia y fortaleza hasta el reinado de Inca Roca, quien también la habitó, antes de construir su nuevo palacio en la falda del cerro.

Sarmiento dice que Sinchi Roca habitó en la *Inticancha*, otro nombre del mismo edificio, y que Lloqui Yupanqui vivió allí como lo había hecho su padre. Hablando de Mayta Capac y de sus escándalos juveniles con los Alcauisas, dice que éstos, determinados a vengarse, detallaron diez indios resueltos que le siguieran hasta la «Casa del Sol» donde vivía con su padre Lloqui Yupanqui. (2)

En verdad la *Inticancha* o *Intihuasi* era como dice Markham, «por mucho tiempo, más fortaleza que templo.» Como era natural, la residencia del

en Paccaric Tampu, es acompañado de otros tres Ayares, quienes figuran en el mito como sus hermanos, y que probablemente representaban otras tantas ramas colaterales, de las cuales descendieron varios ayllus de los más tarde incluídos entre los ayllus de los incas.

(1) Crónica. II. Cap. VIII.

(2) Hist. Ind. Cap. XIX.

jefe del ayllu o de la tribu, era el lugar donde se guardaban los dioses caseros, y entre ellos el tótem o ser tutelar de la agrupación, y donde se celebraban los ritos y ceremonias. El sol era el tótem de la tribu, de manera que era lógico llamar «Casa del Sol» el edificio que lo cobijaba. Únicamente cuando Inca Roca abandonó la casa como residencia real y se trasladó a su nuevo palacio, puede decirse que se transformó de hecho en templo, y quizá desde aquel tiempo comenzó la antropomorfización del tótem, lo que más tarde culminó en su deificación.

Es también probable que cuando mudó de residencia Inca Roca, siguió habitando la *Intihuasi*, el shaman o sacerdote que tenía a su cargo los dioses comunales; pero el edificio no asumió mayor importancia hasta que fué reconstruído y agrandado en el reinado de Inca Yupanqui, quien hizo construir varios edificios anexos y auxiliares de gran tamaño para los servicios del templo principal. Sarmiento nos cuenta, que «Habiendo adornado la ciudad del Cuzco con edificios, calles y otras cosas, Pachacuti, Inca Yupanqui reflexionó que desde el tiempo de Manco Capac, ninguno de sus predecesores había hecho algo por la Casa del Sol. Por tanto resolvió enriquecerla con más oráculos y edificios». (1) Tocante a este mismo punto, dice Cieza: «Hablaré ahora del muy grande rico y renombrado templo de *Curicancha*, que es el más principal en todos estos reinos. Es un hecho recibido entre los indios que este templo es tan antiguo como la misma ciudad del Cuzco. Pero el Inca Yu-

(1) Hist. Ind. Cap. XXXVI.

panqui, hijo de Viracocha Inca aumentó sus riquezas en la forma que se halló cuando los cristianos llegaron al Perú». (1)

De todas las noticias de diferentes fuentes que se pueden reunir, se desprenden dos hechos. Antes del tiempo de este último Inca, el Sol no se adoraba como deidad en el Cuzco, ni tenía la «Casa del Sol» la extensión y la magnificencia que después tuvo. Es evidente que el culto del Sol, en la forma que lo conocieron los españoles, tuvo su desarrollo en este reinado. Antes no existían las *mamaconas* o así llamadas «vírgenes del sol» como institución, ni tampoco había donde alojarlas. La *accha-huasi* o casa de las escogidas fué edificada por este monarca y solamente después de haber conquistado varias nuevas provincias y establecido su sistema de tributos, de los cuales una parte consistía de mujeres, puede decirse que dicha institución tuvo nacimiento.

Hasta que subió al trono Inca Yupanqui, a pesar de las reformas hechas por Inca Roca, el Cuzco era poco más que una gran aldea dispersa, sin calles ni trazado. Sarmiento nos dice que cuando el jefe de los Chancas amenazó invadirla, a fines del reinado de Viracocha, la ridiculizó, llamándola un lugarejo de pobreza. (2)

Después de sus primeras conquistas, hallándose muy poderoso y dueño de riquezas, Yupanqui Pachacuti resolvió cambiar todo esto. Reconstruyó la ciudad, trazando las calles como eran en tiempo

(1) Crónica. II. Cap. XXVII.

(2) Hist. Ind. Cap. XXVIII.

de los españoles, y, entre sus mejoras, reconstruyó y ensanchó la «Casa del Sol».

Entonces, en concierto con los principales miembros de su ayllu, quienes formaban la casta de los sacerdotes sacrificadores, y que habían subido al poder junto con su jefe, acordó reformar la religión, idealizando y elevando al rango de deidades, los principales tótemes, pacarinas, y otros seres tutelares de los diferentes ayllus de alguna importancia. Fué ésta una política sagaz, que indudablemente consolidó su poder y prestigio, dentro y fuera de la nación; porque al dar al sol el primer lugar entre las divinidades recién creadas, subrogó para sí, y para los suyos un origen divino, como hijos de la deidad. Pero no pudo pretender descendencia divina, sin conceder el mismo derecho a sus antepasados. Como la dinastía a la cual estaba afiliado no llegaba más allá que Inca Roca a lo sumo, y quizá sólo hasta Viracocha su predecesor inmediato, compiló una descendencia ficticia, para incluir en ella todos los gobernantes anteriores. Declaró que todos los *Sinchis* e *Incas* desde Manco Capac habían descendido unos de otros de padre a hijo en una sola línea. Esta ficción oficial, patrocinada por la mayoría de los cronistas, ha sido generalmente aceptada; pero la investigación crítica de los hechos demuestra la falsedad de esta pretensión.

No obstante, sirvió el propósito del Inca, y fué cuidadosamente propagada por los sacerdotes y *amautas* o guardianes de las tradiciones. El pueblo la aceptó sin cuestión, porque se la promulgó como una revelación hecha al monarca por el mis-

mo Sol, por medio de su oráculo. Estaban tan acostumbrados de creer todo lo que decían sus oráculos que no dudaron de su veracidad y por otra parte recibían beneficios directos, por el hecho de establecerse el Cuzco como la ciudad sagrada y más importante del naciente imperio.

Una vez que Inca Yupanqui logró establecer esta ficción como cosa verdadera, para darla más fuerza y para tenerla siempre delante los ojos de todos, hizo sacar de las sepulturas en la Intihuasi, las momias o *malquis* de sus predecesores desde Sinchi Roca hasta Viracocha Inca y colocarlas sobre escaños de oro en el flamante templo del Sol, enriqueciéndolas con máscaras de oro, chucos, medallas, cetros llamados *yauri* o alabardas dichas *champi* y otros adornos de oro. Los colocó en orden de antigüedad y mandó que se celebraran grandes fiestas en honor de cada uno de ellos, llamadas *puracaya*, las que duraron por cuatro meses. (1).

Hasta el reinado del Inca Roca el tótem Sol se hallaba representado en el Intihuasi por un imagen de piedra, no se sabe de qué forma; pero este monarca la hizo reemplazar por una estatua de oro en figura de hombre y de tamaño natural, acompañándole otra de plata, de mujer, en representación de la luna (*Quilla*), mujer del Sol y a

(1) Sarmiento de Gamboa. Hist. Ind. Cap. XXXI.

Este autor dice desde Manco Capac hasta Yahuar Huacac; pero el malqui de Manco Capac jamás llegó al Cuzco, y fué reemplazado en el templo por una estatua de piedra. En cuanto al malqui de Viracocha Inca, dice Sarmiento que estaba sepultado en Yaquishuana, pero fué llevado también al templo del Sol.

la vez llamada *Mama Oello*, la madre de los incas, (*Incamama*). (1)

Inca Yupanqui hizo colocar estas dos estatuas sobre pedestales, en el nuevo templo, en nichos arreglados especialmente para ellas; pero no satisfecho con ésto, mandó hacer un enorme disco de oro, en forma de cabeza humana, rodeada de rayos en representación del nuevo dios solar. El disco era salpicado de piedras preciosas engastadas en el oro, y en especial de esmeraldas grandes. Algunos escritores dicen que este disco fué colocado sobre la muralla poniente del interior del templo de tal manera que por el portal abierto lo iluminaran los rayos del sol naciente; pero las declaraciones terminantes de Squier sobre este punto desmiente categóricamente tales asertos. Este autor, después de haber examinado minuciosamente las ruinas del templo, dice lo siguiente: «No estaba construído como unánimemente se ha dicho, de tal manera que la dirección de sus lados coincidiera con la de los cuatro puntos cardinales, sino que aquellos se conformaban con la dirección de las antiguas calles, las cuales formaban *ángulos de cuarenta y cinco grados con dichos puntos*. Ni estaba la puerta» en el extremo que miraba exactamente al Este «de tal manera que los rayos del sol naciente iluminaran directamente su propia áurea imagen, colocada en la pared de enfrente del tem-

(1) El padre Cobo, refiriéndose a la estatua de la luna colocada en la isla de Coati por Tupac Yupanqui dice que de la cintura arriba era de oro y de la cintura abajo era de plata, del porte de una mujer; «algunos dicen que la luna era la madre de los Incas». Hist. del Nuevo Mundo. T. IV. p. 55.

plo. La puerta estaba en el lado Noreste del edificio y se abría a la plaza o más bien al área rectangular, llamada hoy como antiguamente, Intipampa o campo del Sol». (1).

Posteriormente el Inca hizo colocar en la misma pared, dos otras imágenes de oro, uno a cada lado del sol. Uno de éstos, de forma ovalada, también con cara humana, representaba al creador y se llamaba *Viracocha Pachayachachi*. Este se puso a la mano derecha del Sol. El otro simbolizaba el trueno y se llamaba *Chuqui Illa*. Tenía la forma de una gran serpiente de dos cabezas, y se colocó a la siniestra del astro. Era el tótem del monarca y de su ayllú el Tarpuntay. Sarmiento dice que «Inca Yupanqui adoptó por *huauqui* a este ídolo, porque dijo que le había hablado el dios en un desierto y le había dado una serpiente de dos cabezas para que lo llevara siempre consigo, diciéndole que mientras lo tuviera en su persona nada siniestro podría sucederle en sus asuntos». (2).

(1) Perú; Exploration and Incidents of travel in the land of the Incas, by Ephraim George Squier. Cap. XXII.

(2) Aunque no sea exacto, este incidente demuestra que el método de escoger tótem era análogo al sistema empleado por los indios de Norte América. El aspirante se retiraba solo a algún lugar desierto o despoblado y por medio de ayunas, fatigas o el uso de narcóticos producía un estado de postración nerviosa en que veía visiones o alucinaciones. Durante éstas se le aparecía un ser u objeto que debía elegir de tótem. En el caso de Inca Yupanqui es probable que no haya sucedido ésto por cuanto el tótem existía ya como el de su ayllú.

En los detalles que hemos dado respecto de la «Casa del Sol» y del origen y colocación de las representaciones de los

«A estos ídolos el Inca dió el uso de tierras, ganados y siervos, especialmente ciertas mujeres que vivían en la Casa del Sol, a manera de monjas». (1)

A medida que conquistaba nuevas provincias, Inca Yupanqui llevaba el botín al Cuzco, para enriquecer los palacios reales y los templos que se construían a todos los dioses de su nuevo panteón y en especial, al templo del Sol, que parece haber sido su predilección particular. Se dice que en una ocasión visitó este templo para darse cuenta de su servicio: «Asistió un día para ver cómo las *mamacona* servían las comidas preparadas para el Sol. Esto se hacía ofreciendo muchas comidas ricamente acondicionadas a la imagen o ídolo del Sol, echándolas enseguida a un gran fuego sobre el altar. Lo mismo se hacía con el licor. La principal de las *mamacona* saludaba al Sol con un pequeño vaso y lo demás se echaba al fuego. Además de esto muchos cántaros de chicha se vaciaban en un gran cubo que tenía una salida subterránea. Todo esto era ofrenda al Sol. El servicio se hacía con vasijas de greda. Considerando Pachacuti que este material era demasiado ordinario, hizo regalo de servicios muy completos de oro y de plata, para

dioses, discrepamos en muchos puntos con los dados en el libro «Corichancha» del Dr. Lehmann Nitsche, quien funda sus argumentos sobre la relación y especialmente sobre el croquis del altar mayor dejado por Santa Cruz Pachacuti Yamqui Saicamayhua. Nosotros no damos tanta importancia a estos datos, porque en gran parte están en contradicción con los ofrecidos por otros cronistas que eran testigos presenciales de lo que describen y porque dicha relación es muy crédula y fantástica.

(1) Hist. Ind. Cap. XXXI.

todo lo que era menester. Para adornar y enriquecer el templo hizo que se pusiera una plancha de oro fino en los muros a guiza de corniza que diera el circuito de todo el patio. Esta corniza de oro permaneció hasta el tiempo de los españoles». (1)

Desde aquel tiempo llegó a ser costumbre que la mitad de todo el botín perteneciera al Sol para el uso de los templos. Sarmiento dice que Inca Yupanqui había dado a la «Casa del Sol» todas las cosas necesarias para sus servicios y además, cuando llegó de Collasuyo, después de la conquista de aquella provincia, donó al imagen del Sol muchas cosas traídas de allí y otras tantas a las momias de sus antepasados que también se guardaban en el templo. (2)

El mismo cronista indica que este Inca estableció una nueva forma de religión, modificando los antiguos ritos y ceremonias del culto de los antepasados y del totemismo, para acomodarlos al culto de las deidades ya hechas nacionales; «ordenó nuevas ceremonias para su adoración quitando sus antiguos ritos».

Molina también atestigua los cambios hechos en los ritos y ceremonias por este monarca. Hablando de la fiesta *Citua*, la expiación, dice: «*Fué el inventor de esta fiesta Inca Yupanqui* para que se hiciese por horden dicha, porque no obstante que de antes la hazían desde que hubo yncas, no lo hazían por esta horden». (3) En otra parte, refi-

(1) Hist. Ind. Cap. XXXVI.

(2) Hist. Ind. Cap. XXXVIII.

(3) Fábulas y Ritos. p. 153.

riéndose a los cantos y bailes ejecutados en la iniciación de los jóvenes. dice de uno de ellos: «Llamaban a este *taqui coyo; yñventolo Pachacuti ynga Yupanqui*. (1) Más adelante es más explícito: «Hacían en este día el *taqui Chapay guanco*, el cual fué yñventado con todas las demás ceremonias que en todo el discurso del año se hacían, por *Pachacuti Ynga Yupanqui*, cupo las del *Guarachico* que es quando arman cavalleros, y los de *Quicoquico y Rutuchico yavascay* que son fiestas que el primer ynga inventó». (2)

Cieza de León dice que el Inca Yupanqui, «hallándose muy rico y poderoso, resolvió ennoblecer la casa del Sol que en su lengua se llama *Inti-huasi* y también *Curí-Cancha* que quiere decir «el lugar de oro» y aumentar sus riquezas... Aunque todos los Incas añadieron al adorno del templo, en el tiempo de Inca Yupanqui sus riquezas se aumentaron de tal modo que cuando murió y su hijo Tupac Yupanqui le sucedió, quedó en completo estado». (3)

Después de estas declaraciones, que son corrientes entre los primeros cronistas, no queda lugar a duda que el llamado culto solar, tal como lo hallaron los españoles, se debía al Inca Yupanqui Pachacuti, quien lo fundó sobre los antiguos cultos de los antepasados y los tótemes e incluyó en él, no solamente el tótem nacional—el Sol—sino otros tótemes y pacarinas, que eran objetos de devoción y reverencia. Hasta ese momento, aunque es cier-

(1) Fábulas y Ritos. p. 166.

(2) Fábulas y Ritos. p. 172.

(3) Crónica. II. Cap. XXVII.

to que todos estos seres se habían venerado desde tiempos inmemoriales, ninguno de ellos era considerado como deidad, y, excepción hecha al Sol, el tótem nacional, ni siquiera había sido objetos de devoción de todo el pueblo, sino de grupos particulares de ayllus.

Una prueba de que la nueva religión divinizada se basaba en los cultos anteriores de los antepasados y de los tótemes, la hallamos en el hecho de divinizar a todos los Incas anteriores, haciéndoles figurar como antepasados directos de su propia línea, como también la deificación de los Ayares, pacarinas de los principales grupos de ayllus de que se componía la nación.

Después de haberse declarado de descendencia divina y de haber deificado a todos sus supuestos antepasados, incumbía al Inca Yupanqui, convertir en santuario nacional de primer rango al *machay* o cueva sepulcral de la tribu, llamado *Capactocco* adonde había quedado sepultado Ayar Cachi y todos los antiguos jefes, del tiempo de su estada en Paccaric Tampu, de donde, según la tradición oficial, había originado la raza. Así es que, en las palabras de Sarmiento, «después de haber hecho una completa investigación, veneró el lugar y mostró sus sentimientos por fiestas y sacrificios. Hizo poner puertas de oro en la ventana Capactocco y ordenó que desde entonces el lugar se venerase por todos, haciéndolo huaca y adoratorio endonde consultar los oráculos y hacer sacrificios». (1)

(1) Hist. Ind. Cap. XXX.

Acosta dice que cerró la boca de la cueva con mampostería, dejando solamente una ventana. Polo de Ondegardo, hablando del origen de los incas, dice: «después del Diluvio abían salido de vna cueva que ellos llaman de Pacaritambo cinco lenguas del Cuzco, donde está labrada antiquísimamente vna ventana de cantería arrimada a vn cerro que fué antiguo adoratorio suyo». (1) Es probable que la ventana de mampostería de que hablan éstos autores fuese la obra hecha por Inca Yupanqui, para colocar las puertas de oro, o enchapadas en oro, de que habla Sarmiento.

A medida que iba conquistando nuevas provincias, el Inca ordenó que se edificase en cada una de las ciudades más importantes y donde se establecía guarniciones o mitimaes de extracción cuzqueña, o donde la religión indígena fuese el culto solar, grandes templos del sol. Estos eran también dotados de grandes riquezas, tierras, ganados criados, mujeres para su servicio, y un sacerdocio propio, encabezado por alguna persona de sangre real. Los nuevos templos eran todos construídos sobre el mismo modelo que el del Cuzco, y por todas partes el culto era uniformado, con los mismos ritos, ceremonias y sacrificios. En aquellos lugares donde las religiones locales se toleraban y permitían, éstas eran sujetas a la supervigilancia de los sacerdotes del sol, aunque muchas veces no era más que nominal el culto solar.

No obstante, a pesar de todas las medidas toma-

(1) Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros. (1571) Edición Urteaga y Romero. p. 49.

das para que el culto solar fuese reconocido como la religión oficial del imperio, en realidad era poco más que el culto particular de los incas reales del Cuzco y de algunas naciones del Norte como los caras y los quitus que lo profesaban siglos antes del advenimiento de los incas en aquellas partes. Los más observadores de los cronistas, especialmente los que eran a la vez misioneros, reconocían ésto, aún cuando otros, menos perspicaces, presentaban el culto del sol como la religión única y universal del imperio. Polo de Ondegardo, quien como pocos tuvo la oportunidad de conocer la verdad, dice que en todas partes y especialmente en la Sierra, el culto predominante era el de Viracocha: «Después de *Viracocha* (a quien tenían por señor supremo de todo y odorauan con suma honra) adorauan también al sol... A él (Viracocha) le atribuyan principalmente el poder y el mundo de todo y a las otras Huacas como a señores o Dioses particulares cada vno en su cosa; y que eran intercesores para con el *Viracocha*», (1) Hemos anotado más atrás lo que dice Calancha sobre este mismo asunto, que sólo en el distrito del Cuzco era practicado verdaderamente el culto del sol.

Pero aún en el Cuzco mismo, el Sol no era la deidad preeminente que muchos han creído ver. En todos los ritos y ceremonias su culto era inseparable de los de Viracocha y Chuqui Illa, los cuales se hacían en conjunto, ofreciendo a cada uno de

(1) De los Errores y Supersticiones de los Incas. Cap. I. Ed. Urteaga y Romero.

los tres los mismos sacrificios y las mismas ofrendas y si había alguna diferencia estaba siempre a favor de *Viracocha*, quien siempre ocupaba el primer lugar, tanto en la orden de los sacrificios, como en las plegarias, en que era solicitado con mayor frecuencia, como vemos por las oraciones que recopiló Molina. Aunque el sol era nominalmente el ser tutelar especial de los incas, sin embargo los más intelectuales de ellos, incluso los mismos monarcas, mostraban una preferencia para el culto del creador *Viracocha*, quien durante los últimos reinados, ya bajo su propio nombre o con el de *Pachacamac*, que llegó a generalizarse para hablar del creador, se había usurpado el primer lugar. Varios de los cronistas hablan de escepticismo de Inca Yupanqui respecto al poder supremo que los sacerdotes querían atribuir al Sol, y repiten las mismas noticias respecto a Tupac Yupanqui y Huayna Capac, y algunos de ellos reproducen supuestas declaraciones de estos monarcas en apoyo de su incredulidad. (1)

Es natural, suponer que ellos mejor que nadie, y especialmente Inca Yupanqui, supieron que el Sol no había sido sino el tótem y ser tutelar de la tribu, mirado quizá como *pacarina* por confusión del antepasado con el tótem; pero hasta ese tiempo, semejantes númenes no se consideraban divinidades y aunque les convenía a su política presentarlo como tal, para así sostener su prestigio y dar

(1) Camacho comentando este cambio de creencias, dice: «En los últimos años de aquella teocracia, los mismos incas ya no se ufanaban titulándose hijos del Sol, sino hijos y protegidos de Huiracocha». Iticaca. p. 126.

colorido a su ficción de su origen divino, es difícil que ellos estuviesen verdaderamente convencidos de ello. Es aún dudoso si la plebe misma miraba al astro como deidad o que comprendiese completamente el concepto de una deidad. Todos estaban acostumbrados a mirar a los astros como habitados por espíritus y es difícil que los hayan mirado como otra cosa que fetiches de rango superior, o como muchos de ellos habían hecho siempre, de tótemes o pacarinas.

Bandalier, al estudiar las creencias de los aymará s llegó a esta misma conclusión. Dice: «Que tanto el Sol como la Luna se miraban como seres creados resalta de cada tradición o así llamado mito de la creación, recogido en el siglo XVI. No era a los orbes que se ofrecía cierta adoración, sino a los seres espirituales que en ellos habitaban; a los *Achachilas*, *Machulas* o *Pacarinas* que se creían residir tanto en el Sol como en la Luna. El así llamado culto del Sol no era, ni por mucho, generalizado, sino limitado a los Incas del Cuzco. Ni estos mismos miraban al sol como dios supremo. Era uno de sus fetiches más solicitados, pero no para todo». (1).

El mismo autor escribe: «Se ha probado abundantemente que los Incas no adoraban al Sol como *sol* ni a la Luna como *luna*. Los imaginaban ambos como objetos materiales y creados. Pero parece que concebían que cada orbe fuese la residencia de algún ser espiritual y hay indicios que miraban al sol como *padre* y a la luna como *madre*, siendo el uno marido y la otra mujer. Esta es exactamen-

(1) The Islands of Titicaca. Ob. Cit. p. 150.

te la creencia primitiva de los indios Pueblos de Nuevo Méjico. Por esto, hallamos en las descripciones de los ídolos de los Incas cierta contradicción. Algunas veces se dice que el Sol era un disco circular o elíptico y otras que era una figura humana, según si se se refiriese al astro o al Sol padre». (1)

Los establecimientos incaicos en el lago tenían principalmente un carácter religioso y se mantenían en Titicaca y la vecindad, al lado de un culto de mucha mayor antigüedad, el cual no solamente fué tolerado, sino adoptado por los incas, quienes subordinaron a él su propio culto tribal. Esto se comprueba más aún en la península de Copacabana. Se dice que el culto del *Sol padre* y la *Luna madre* también se estableció allí; pero los fetiches (Pacarinas) *Copocabana* y *Copacati* y otros quedaron para los aymarás los ídolos principales, de la misma manera como la *Roca Sagrada* quedó el santuario de más importancia en la isla de Titicaca». (2)

«Los Incas no obligaban a adorar al Sol en todas partes donde extendían su dominio, como se ha dicho, sino únicamente añadían a los adoratorios más importantes de los ya existentes santuarios dedicados a su culto tribal». (3)

Otro hecho significativo, ya notado por Bandler, era que la adoración del Sol por los Incas no era, en esencia, más que el culto de la tribu o la nación, y que, lejos de tratar de imponerlo a todos

(1) The Islands of Titicaca. etc. Ob. cit. p. 277.

(2) The Islands of Titicaca. etc. Ob. cit. p. 283.

(3) The Islands of Titicaca, etc. Ob. cit. p. 277.

los pueblos conquistados, éstos se excluían de todas sus manifestaciones más íntimas. A nadie, sino los de sangre real se admitían dentro del recinto de los templos en ocasión de la *Citua* o gran ceremonia de expiación; todos los extraños y los defectuosos se echaban del Cuzco hasta terminada la fiesta; y en las provincias, los naturales de ellas no se permitían entrar al templo ni participar en los ritos y ceremonias. En el Cuzco, se permitía al plebe adorar al sol porque era de origen incaico y era también su tótem o pacarina; pero no se admitía dentro del recinto del templo y todas los grandes ritos y ceremonias se celebraban en la plaza pública destinada a este objeto. La misma cosa pasaba en la Isla Titicaca, una vez que los Incas hubiesen sujetado la provincia del Callao. En esta isla establecieron el culto del Sol, echando de ella los habitantes de raza colla, reemplanzándolos con otros llevados del Cuzco. El Padre Sans, editor de la reimpresión de la «Historia del Santuario de Copacabana», de Ramos; en su introducción a esa obra y en la reconstitución de los capítulos que faltaban, nos informa que había en la isla una plaza llamada Aucaypata, en recuerdo de la del Cuzco del mismo nombre, donde se celebraban las fiestas: «Allí estaba el gran templo (del Sol) con sus seis puertas *donde no se permitía a ningún indio colla entrar o asistir a la fiesta*». Ningún indio que no fuese de descendencia incaica se permitía siquiera habitar en la isla, y sólo a llevar sus ofrendas para depositarlas en la *Titikala* o Roca Sagrada, la que continuó como antes el objeto de la veneración de los nativos. Moli-

na asegura que aún en el Cuzco pasaba igual cosa, y hablando de la gran fiesta del Sol, decía que para saludar la aparición del astro los incas formaban calle «y en esta calle se ponían todos los señores y principales del Cuzco *sin intervenir señor alguno de otra generación*».

De manera que, a la vez que los Incas exigían el reconocimiento de la supremacía del culto del Cuzco sobre todos los demás, no solamente no lo imponían a todos los pueblos conquistados, sino que prohibían su participación en él. Este es un cuadro completamente diverso a lo que han imaginado la mayor parte de los cronistas y comentaristas. Sin embargo es mucho más lógico, y facilita la explicación de muchos detalles que eran difíciles de conciliar con las declaraciones corrientes de un culto solar obligatorio. Siempre nos había parecido poco menos que milagrosa la supuesta facilidad con que los incas habían impuesto una religión nueva a tantos millones de personas de tan distintos estados culturales. Una de las cosas más dificultosas, por no decir desatinadas, que puede tentar un pueblo conquistador es de tratar de hacer cambios abruptos o radicales en las creencias religiosas de la nación conquistada. Con frecuencia pasan los siglos, y a pesar de toda la propaganda y aún persecución, el culto indígena persiste a porfía de todo, a no ser que media una amalgamación profunda entre los dos pueblos.

En el caso de los incas, este cambio, aparentemente se había efectuado en un corto número de años, sin causar grandes trastornos en el imperio. Si tomamos en cuenta que la expansión territorial empezó en el reinado de Inca Yupanqui poco más

de un siglo antes de la llegada de los españoles, y que una parte considerable de sus conquistas se llevaron a cabo en el tiempo de Huayna Capac, veinte o treinta años solamente, no es creíble que el culto del Sol, pudo haberse arraigado en todas partes como se ha pensado.

Por otra parte, los mismos cronistas que nos dicen ésto, son a menudo los mismos que nos demuestran involuntariamente lo contrario y nos dicen que en la mayoría de las provincias conquistadas, los Incas dejaron a los indígenas con sus propios cultos y creencias, solamente exigiéndoles el reconocimiento del culto solar como el oficial del estado.

El templo del Sol del Cuzco y las principales fiestas llamadas del Sol, se han descrito tantas veces, que sería superfluo tratarlos en detalle aquí. (1). Mencionaremos únicamente algunos hechos esparcidos en aquellas obras que no están al alcance del grueso público, cuyos autores tuvieron un conocimiento personal de lo que describen.

Molina en su primera obra (2) dice: «En el Cuzco había casas del Sol, que eran muy bien obradas de cantería y cerradas junto a la techumbre de una plancha de oro de palmo y medio de ancho, y lo mismo tenían por dentro cada bohío o casa y aposento.

«Tenía el primer patio una gran pila de piedra

(1) Garcilaso de la Vega, por no hablar de otros dedica ocho capítulos a estas descripciones; Molina agrega muchos detalles nuevos como lo hace igualmente Cieza de León, y casi todos los otros cronistas.

(2) Conquista y población del Perú, por Cristóbal Molina. Publicada en el Tomo VII. de la Col. de Doc. Ined. para la Hist. de Chile, por José Toribio Medina. Santiago 1895.

bien hecha, donde ofrecían chicha, que es un trabajo hecho de maíz, a manera de cerveza, *diciendo que el Sol bajaba allí a beber*. (1) Tenía un maizal de oro, con sus cañas y mazorcas (2), antes que entrase donde estaba el bulto del Sol, y el bulto del sol tenían muy grande de oro y todo el servicio de esta casa era de oro y plata; y tenían doce horcones de plata blanca que dos hombres no abrazaban cada uno, cuadrados, y eran más altos que una buena pica, donde hechaban el maíz que habían de dar al Sol, según ellos decían *que comiese y bebiese*, (3). Ningún indio comun osaba pasar por la calle del Sol, calzado, ni ninguno, aunque fuera un gran señor, entraba a la casa del Sol, con zapatos. Tenía esta casa más de cuatro mil personas, hombres y mujeres de servicio; en el tiempo que los cristianos entraron en el Cuzco, era como Papa

(1) El depósito o fuente de piedra era de una sola piedra, forrada de placas de oro. Dice Squier que todavía estaba en su tiempo, en el centro del patio. Era de forma octagonal alargada de siete piés de longitud, cuatro de ancho y tres de profundidad. Tenía un agujero para vaciar y debía haber tenido una cañería que la comunicaba con otra igual situada en la plaza, de que nos hablan algunos cronistas. Hace pocos años este monolito fué mandado a Lima, donde ahora se encuentra en el Museo Histórico.

(2) Cieza de León dice de que hasta los terrones de este maizal eran representados en oro y que «además de todo esto tenían más de veinte ovejas de oro con sus corderos y sus pastores con sus huaracas y bordones, para cuidarlas, todos hechos del mismo metal». Habla también de los servicios del templo que dice eran de oro y plata y ricamente engastadas de esmeraldas. (Crónica II. Cap. XXVII).

(3) Cieza dice que habían más de treinta graneros dentro del recinto del templo para guardar el maíz.

y gran señor desta casa y de todas las demás de estos reinos, un Inga, gran señor, que se llamaba *Vilaoma* (1); éste sólo se intitulaba en lengua de los indios *Indivianan*, que quiere decir «siervo o esclavo del Sol». Era esta la segunda persona del Inga, porque el Inga se llamaba hijo del Sol, y éste esclavo del Sol, a los cuales todos estos obedecían; al Inga como sólo señor e hijo del Sol, y a éste *Vilaoma* como sólo siervo o esclavo del Sol. (P. 451). No dejaré de decir que todas las veces que los indios comían cosa, ofrecen al Sol, si se hallan junto al fuego la echan en él por manera de adoración, con gran reverencia».

Pedro Pizarro uno de los pocos escritores, junto con Molina, que era testigo presencial de las ceremonias en el Cuzco, inmediatamente después de la llegada de los españoles, y por consiguiente las vió antes que pudieron ser influenciadas por contactos o temores de los cristianos; nos da una breve relación de las ofrendas y sacrificios diarios que se hacían al Sol en la plaza delante del templo. Dice que la imagen del Sol que se usaba en estas ceremonias era «un bulto pequeño tapado que decían que era el Sol... Al Sol tenían puesto en mitad de la plaza un escaño pequeño, todo guarnecido de mantas de pluma muy pintadas y muy delicadas, y aquí ponían este bulto, y el un hachazo de una parte y el otro de la otra. Teniendo las hachas derechas pues, daban de comer a este Sol por la orden que tengo dicha la daban a los muertos, y de beber. Pues cuando quemaban la comida al Sol, levantábase un indio y daba una voz que todos le

(1) Uilac Uma, el gran sacerdote en jefe.

oían; y oída la voz todos cuantos habían en la plaza y fuera de ella que le oían, se sentaban y sin hablar ni toser ni menearse estaban callados hasta que se consumía la comida, que echaban en el fuego que tenían hecho, que no tardaba mucho por ser la leña muy seca». (1) En otra parte dice que el Sol, el Trueno y el Rayo (Viracocha y Chuqui Illa) se adoraban siempre juntos. (p. 96).

Trascribiremos la siguiente descripción de una de las fiestas del Sol, hecha por Molina; porque es el primer relato que se conoce y fué presenciada por el autor, en el mes de Abril de 1535, luego después de la conquista del Cuzco. Era la fiesta llamada *Ayrihua*, el comienzo de las cosechas, cuando los Ingas de sangre real tenían costumbre de hacer cada año un gran sacrificio al Sol y a todas las huacas y adoratorios del Cuzco, en nombre de todas las provincias y reinos. Las fiestas duraban ocho días y daban gracias al Sol por los beneficios pasados y rogándole que la cosecha que comenzaba fuese buena y abundante.

«Sacaban en un llano, que es a la salida del Cuzco, hace donde sale el Sol en amaneciendo todos los bultos de los adoratorios del Cuzco y los de más autoridad ponían debajo de todos de pluma muy ricos y bien obrados, que parecían muy bien, y hacían desta toldería una calle que distaba la una toldería de la otra un gran tiro de herrón, en la cual distancia se hacía una calle muy ancha de más de 30 pasos, y en esta calle se ponían todos los señores principales del Cuzco, sin intervenir señor alguno de otra generación; y estos todos eran ore-

(1) Relación del descubrimiento del Perú. p. 265.

jones muy ricamente vestidos con mantas y camisetas muy ricas de argentería y brazaletes y patenas en las cabezas de oro fino, y muy relumbrantes, los cuales hacia dos y de las que cada uno tenía más de trescientos y en manera de procesión, los unos de un lado y los otros del otro, estaban muy callados y esperando a que saliese el Sol, y aún no había salido bien, cuando así comenzaron ellos a entonar con gran orden y concierto con canto, entonándola con menearla cada uno un pié, como cantores del canto del órgano, y como el sol iba saliendo más alto entonaban su canto. El Inga tenía su tienda en un cercado con una silla y encaño muy rico y apartado un poco de la ida de éstos, y al entonar levantábase con gran autoriddad y poníase en el principio de todos y era el primero que comenzaba el canto, y como él hacía hacían todos, y ya que había estado un poco, volvíase a su silla y allí se estaba negociando con los que venían hacia él, y algunas veces de rato en rato, iba a su coro y estaba un poco, y luego se tornaba; y así se estaban estos cantando desde que salía el sol hasta que se encubría del todo, y como hasta medio día el Sol iba saliendo, ellos iban acrecentando las voces, y de medio día abajo las iban menguando, teniendo gran cuenta con lo que el Sol caminaba; y en todo este tiempo se hacían grandes ofrecimientos en una parte; en un terreplen donde estaba un árbol, estaban indios que en un gran fuego no hacían sino echar carnes y quemarlas allí y consumirlas en el fuego, y en una mandaba el Inga echar ovejas a los indios comúnes y pobres a la rebatiña, lo cual era cosa de gran pasatiempo.

«A las ocho del día salían del Cuzco más de

200 mugeres mozas, cada una con su gran cántaro nuevo de más de arroba y media de doca enbarrado con su tapadera, los cuales todos eran nuevos y de un mismo embarramiento, y venían de cinco en cinco con mucha orden y concierto, esperando de trecho en trecho ofrecían aquellas al Sol; muchos cestos de una yerba que ellos comen que se llama *coca*, en su lengua que es la hoja a manera de arrayán; y tenían otras muchas ceremonias y ofrecimientos que sería largo de contar, basta que cuando a la tarde se quería ocultar el Sol, ellos en el canto y en sus personas mostraban gran tristeza por su ausencia y enflaquecían de industria mucho las voces, y cuando el Sol se entraba del todo, que se desaparecía de la vista de ellos, hacían una gran admiración, y, puestas las manos, le adoraban con profundísima humildad y alzaban luego todo el aparato de la fiesta y se quitaba la toldería y cada uno se iba a su casa y tornaban aquellos bultos y reliquias pésimas a sus casas y adoratorios y así por la misma orden, vinieron ocho o nueve días de arreo, y es de saber que aquellos bultos de ídolos que tenían en aquellos toldos, eran de los Ingas pasados que habían señoreado el Cuzco, cada uno tenía allí gran servicio de hombres que todo el día los estaban mosqueando con unos aventadores de plumas cisnes, de espejuelos, y sus *mamaconas*, que son como beatas; en cada toldo habían como doce o quince. Pasadas todas las fiestas, en la última llevaban muchos arados de mano, los cuales antiguamente eran de oro, y hechos los oficios, tomaba el Inga un arado y comenzaba a romper la tierra y lo mismo los demás señores para que de allí en adelante en todo su se-

ñorío hiciesen lo mismo; y siempre que el Inga no hiciese esto, no había Inga que osase romper la tierra ni pensaban que produjese si el Inga no la rompía primero; y esto basta en cuanto a fiestas.

Los pequeños cestos de *coca* que ofrecían al Sol y a los demás dioses se llamaba *Paucar unca* y eran entre las ofrendas más apreciadas; pero había otro de mayor valía llamada *Paucar quintu* que se componía de hojas de coca mezcladas con harina tostada de maíz y pequeñas conchas de mar molidas que se llamaban *mullu* y que eran sagradas.

Entre las otras ofrendas de mucho aprecio que se ofrecía a los dioses era el *chumpi*, piezas de ropa de las más finas, fabricadas de lana de vicuña y ricamente dibujadas por los *aellas* o mujeres escogidas del Sol. A veces estos trajes llevaban adornos bordados de oro y plata y algunos de ellos llevaban hilos de los mismos metales entretejidos en la misma tela y eran entonces llamados *tocapu* (esplendoroso).

Garcilaso dice que esta ropa se quemaba en vez de incienso y para dar los agradecimientos del pueblo al sol; pero en su origen el concepto era más materialista, y pertenecía a las ideas animistas del culto de los antepasados cuando todos los sacrificios tenía el fin utilitario de alimentar o vestir a los espíritus de los muertos, y esta idea persistía aún después de la deificación de algunos de dichos seres espirituales. La mayor parte de las ofrendas eran de preferencia aquellos objetos que podían suplir las necesidades o vanidades de estos seres tutelares. Algunas de ellas eran destinadas para

adornos, o eran cosas muy estimadas para su empleo en las artes y por tanto debían ser igualmente apreciadas por los dioses. Entre ellas hallamos la *Astoc tuctu* plumas coloradas y de otros tintes de las huacamayas o loros, de *Asto* el nombre de un loro grande de brillante plumaje que abunda en los Andes, y *tuctu*, pluma. *Huacha* eran otras plumas de un pájaro de este mismo nombre (era una especie de garza). *Pariana* eran las plumas rosadas del flamenco. Luego ofrecían unos polvos finos de colores minerales, como la *paria* o bermellón, polvos de cinabrio; *binzos*, polvos de azurita de color azul, *llacsa* o cardenillo, un verde subido de minerales de cobre, *carvamuqui* de un amarillo intenso, derivado del realgar, y otros. Estos polvos los ofrecían soplándolos al aire, mientras que las demás cosas las quemaban.

En todas las fiestas religiosas, aunque ha sido siempre costumbre de llamarlas fiestas del Sol, tomaban parte todos los demás dioses principales, y sus imágenes se colocaban en la plaza sobre escaños especiales destinados a recibirlos. Los tres que nunca faltaban eran *Viracocha*, *el Sol* y *Chuqui Illa*. Tampoco faltaban nunca las momias de los difuntos Incas y sus Coyas. Muy a menudo los acompañaban el imagen de Ayar Uchu, llamado vulgarmente *Huanacauri*. La luna aparece en las ceremonias solamente en ciertas ocasiones y entonces con el nombre de *Pacsa Mama* o *Pacsa Ocllo*. Era representada por una estatua de plata vestida como Coya o reina, que se guardaba en el templo del Sol junto con la de oro de esta deidad. Las andas de la diosa, cuando se sacaba eran llevadas por las *mamacuna* del templo.

También eran ellas que atendían sus necesidades y la hacían las ofrendas que exigía el ritual.

A veces se sacaba la estatua de otra diosa llamada *Inca Oello* que decían era la madre de los Incas y se llamaba a menudo *Mama Inca*. Algunos suponen que era otra representación de la Luna como mujer del Sol, y que en este carácter la pareja figuraban como el *Sol padre* y la *Luna madre*. Otros dicen que era la hermana y esposa de Manco Capac y por este motivo mirada como madre de la raza. Lo que es probable que se había identificado con la luna y en los últimos tiempos del Imperio tenía un carácter dual.

En algunos de los ritos religiosos se ofrecían a los dioses sacrificios humanos; a menudo niños de tiernos años o bien doncellas. A veces también se sacrificaban hombres y en especial a raíz de sus victorias, cuando los prisioneros de guerra eran victimados después de atroces suplicios. Todos los cronistas hablan de los sacrificios humanos, pero su testimonio se recogió de los indios, porque ninguno de ellos declaró haber presenciado semejante espectáculo. Sin embargo parece no haber la menor duda al respecto y que la práctica era frecuente. Molina, aunque no dice que presencié el sacrificio mismo, cuenta que en la fiesta de *Citua* de que era testigo ocular: «Salió también la mujer llamada *Coya Pacssa* la qual estava sacrificada por mujer del sol y esta hera hermosa hija del que gobernava» (1). En otro capítulo tendremos que hablar de los sacrificios humanos con más detalle.

(1) Fábulas y ritos. p. 142. Parece haber sido costumbre en la fiesta especial de cada dios, sacrificar en su honor, o como decían para darle mujer, a una virgen elegida entre las

Todos los sacrificios, a excepción de los humanos, se quemaban. Creían que los vapores eran los espíritus de los animales u objetos quemados y que estos llegaban directamente a donde estaban los dioses, quienes de esta manera los aprovechaban. Los más importantes de los sacrificios eran los alimentos, las bebidas, la ropa chumpi, plumería, cestos de coca y a veces sangre humana. Cuando los ritos se celebraban en la plaza pública, los licores que se ofrendaban en grandes cantidades, se vaciaban en una gran pila de piedra, primorosamente labrada y cubiertas de planchas de oro. Esta pila se comunicaba con otra igual en el patio del templo, por medio de una cañería. Ambas se llamaban *usnus*.

Las fiestas religiosas, aún entre los Incas reales, siempre terminaban en borracheras y licencia y bien podrían compararse con las bacanales romanas. Molina y Pedro Pizarro, quienes eran ambos testigos oculares de muchas de las fiestas que describen son terminantes al respecto. El primero hablando de la gran fiesta del Sol *Intip-Raymi*, en el mes de Mayo y que duraba todo el mes, dice: «e yba el ynca con todos los señores a Mantucalla y allí estava beviendo y holgandose haciendo sus borracheras y *Taquis*, y este *taqui*, llamavan *huallina* el qual dicho bayle a canto hazían quatro vezes al día. Hazían esta fiesta *sólo los yncas* y davan de beber a los que hazían las fiestas las *mamaconas* mugeres del sol y no entravan sus mugeres

mejores familias. Se dice que este sacrificio no se hacía a Viracocha, porque siendo creador, él no necesitaba mujer, ya que todas eran dél.

propias ado estos estaban, sino quedávanse fuera en un patio... Estava el ynca allí en Mantucalla hasta que se acavava el mes». (1) La cantidad de licor que se consumía en estas borracheras era prodigiosa y las mamaconas pasaban todo el mes anterior en su fabricación.

Pedro Pizarro es más severo en sus denuncias. Dice: «Pues diré que los vicios destos orejones tenían y maldades eran muy dados a la lujuria y al beber; tenían acceso carnal con las hermanas y con las mugeres de sus padres como no fuesen sus mismas madres y aún algunos habían que con ellas mismas... Enborrhachábanse muy a menudo y estando borrachos todo lo que el demonio les traía a la voluntad hacían». (2)

Estas costumbres eran muy generales por todo el imperio y no restringidas a los Incas. El mismo cronista, hablando de los indios aymarás de Chuquiuto y La Paz, dice: «Las costumbres de la gente deste asiento y provincia es casi como las demás de este reino, porque todos de ordinario se emborrhachan con una bebida que hacen de maíz. Redunda destas borracheras que cometen muchos estupro e incestos con madres, hijas, hermanas, sobrinas y cuñadas y vuelven a sus ritos y adoraciones». (3)

Por toda la América las fiestas indígenas, fue-

(1) Fábulas y Ritos. p. 134. Las mujeres reales no se admitían en estas borracheras, a causa de la licencia de los hombres, quienes estando borrachos no respetaban a mujer alguna.

(2) Relación del Descubrimiento del Perú. p. 277.

(3) Relación del Descubrimiento del Perú. p. 72.

sen estas religiosas o sociales, se acompañaban con muchos días de borracheras y licencias. Mientras mayor cantidad de licor había para el consumo, más celebrada era la ocasión. Bascuñán de Pineda, refiriéndose a una gran fiesta entre los araucanos, durante el tiempo que estos indios le tuvieron cautivo, dice que se reunieron de doce o catorce mil personas entre hombres, mujeres y niños y que la borrachera duró por una semana. Habla del enorme consumo de licor, gasto que fué sufragado por el jefe principal del distrito, ayudado por todos sus parientes y deudos». (1)

Cieza de León, en la primera parte de su Crónica relata que por donde pasara en sus viajes, encontraba los mismos vicios. Habría sido una cosa excepcional si los incas, aun los de sangre real, hubiesen estado libres de estas costumbres. Una prueba clara de que no lo eran, se ve en las cantidades enormes de licores que ofrecían a sus dioses, y el sacrificio de mujeres para satisfacer las supuestas necesidades carnales de estas mismas deidades. A la vez demuestra que su culto tenía muy poco de espiritual o aún de moral.

Las fiestas que se celebraban en nombre de la religión en el Cuzco, se repetían en todos los templos del sol del imperio con más o menos fausto y esplendor, y en algunas partes con una ostentación de riquezas que casi rivalizaba con la de la capital.

Aquellas celebradas en la Isla de Titicaca eran especialmente famosas y eran celebradas con gran

(1) *Cautiverio Feliz*. Historiadores de Chile. Tomo VI.

pompa (1). Los indios de descendencia incaica, residentes en los pueblos vecinos al lago, todos iban a la isla para asistir a las fiestas principales. Padre Sans nos da una breve descripción de la manera como los que vivían en Copacabana tomaban parte en las ceremonias. «Cuando celebraban las fiestas del Sol, especialmente la *Capac Raymi* o la *Itip Raymi* los de la partida de los Incas colocaban todos sus ídolos en andas llamadas *rampas*, decorándolas con flores, plumería y planchas de oro y plata y, con muchas danzas, los llevaban en procesión a la isla. Allí los colocaban en la plaza llamada Aucaypata donde se celebraba la fiesta... Después de haber colocado los ídolos, quitaban el calzado y sus mantas y, postrándose delante de ellos hacían su adoración; comenzando los principales de ellos y todos los demás los imitaban en quitándose sus *Llautos* y diademas. Primero adoraban a la estatua del Sol, enseguida la de la Luna y después la del trueno y los otros ídolos; ya que cada uno tenía su efigie particular... Representaban al Sol en la forma de un Inca de oro, de tanta pedrería y brillo que causaba admiración; la luna como reina de plata; el trueno como Indio de plata, también muy brillante. Cuando se terminaron las postraciones y adoraciones, alzaban las manos haciendo con los labios como que besaban,

(1) Pedro Sancho hablando del templo del Sol en esta isla dice que había en él «más de 600 indios de servicio y más de mil mugeres, ocupadas en hacer chicha para bertir en la Roca Sagrada llamada Tichicasa». (Relatione nel Conquista & Pacificatione della Nuova Castiglia (1534) % XVIII. En Ramusio. Vol. III. 1568).

como hacen los niños cuando tiran un beso a alguna persona querida. Entonces seguían las danzas, los banquetes y las entretenciones que eran el fin y motivo de todos los esfuerzos; y hoy muy poco ha cambiado». (1)

En la isla de Coati, había un templo de la Luna y la comunicación entre los sacerdotes de una y otra isla era constante. Algunos de los ritos celebrados en estas visitas demuestran que hasta el último el carácter del *Sol padre y de la Luna madre* se mantenía presente en el culto. El P. Cobbo describe la naturaleza de estas visitas, que tenían un objeto singularmente materialista y concupiscente, recordando las relaciones sexuales que se suponían existir entre los dioses esposos. «Los sacerdotes y ministros deste adoratorio y del Coati tenían muy grande comunicación, y había muchas y muy frecuentes misiones de la una isla a la otra con grandes retornos, fingiendo los ministros de un santuario y del otro que la muger del Sol, así como lo pudiera á su parecer hacer la Luna, le enviaba sus recaudos; los cuales el Sol le retornaba con caricias de tierna afición y recíproco amor; y en esto gastaban mucho tiempo, ocupando en su ministerio gran cantidad de balsas, que iban y tornaban de una isla á otra; y para representar esto al vivo, se componía en él un adoratorio, el ministro mayor, que representaba la persona del Sol, y en el otro una india que hacía el personaje de la Luna. Brindábanse el uno al otro, y la que repre-

(1) Hist. del Sant. de Copacabana. Reimpresión 1860. p. 31.

sentaba á la Luna acariciaba al que figuraba al Sol, pidiéndole con caricias se les mostrase cada día claro y apacible y que nunca ocultase sus rayos para que fertilizasen los sembrados hasta el tiempo en que fuesen necesarias las lluvias». (1)

Seguían las borracheras y licencias de costumbre, haciéndose efectivas las caricias que al comienzo eran solamente simulacros.

El santuario de la luna en la isla de Coati fué instalado por el Inca Tupac Yupanqui, quien hallando impropio que el Sol no tuviese muger dedicó un famoso templo con ministros y doncellas a la luna, en la pequeña isla de Coati, en el mismo lago, dos leguas al oriente de Titicaca... Entre un bosque de esos frondosos árboles, en una quebradita cerca de la playa, erigió Yupanqui el adoratorio, en cuya era puso un bulto de oro, á la traza de una Coya, que representaba a la esposa del Sol». (2)

Muchas de las leyendas de las diferentes partes del imperio hablan de los ayuntamientos del Sol y la Luna y algunos creían que las estrellas que se hallan en mayor proximidad de esta última, eran el fruto de tales uniones. Santillán dice que «Cuando había eclipsi (entiéndase Conjunción) del Sol y luna tenían que se juntaban para tener aceso». (3)

En ninguna parte hallamos desarrollado un concepto elevado, espiritual o moral del Sol, ni aún después de su deificación, sino por doquiera la idea

(1) Hist. del Nuevo Mundo. V. p. 63.

(2) Ramos. Hist. de Copacabana. p. 56.

(3) Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas. por Fernando de Santillán, p. 31. En Tres Relec. de Antig. Peruanas. Madrid. 1879.

del antepasado, padre de la estirpe, el tótem, o bien el fetiche poderoso que estaba en perpétua lucha con la tierra y la lluvia, caprichoso y vengativo, temido, pero a la vez venerado y solicitado. Los Incas que habitaban una región fría, le miraban como benévolo, y por ser pacarina y tótem le consideraban como su protector especial; pero sus beneficios sólo alcanzaban a esta vida y nada tenía que ver en un estado futuro, ni esperaban de él ningún castigo ni recompensa después de la muerte.

Varias veces hemos mencionado que los sacerdotes oficiales del Sol, durante los últimos tiempos del imperio, se llamaban *Tarpuntays*. Esta denominación, tan repetida por Molina, no era título ni dignidad, sino el nombre de un ayllu, (1) el cual, al mando de Sinchi Roca, parece haber sido el verdadero fundador del Cuzco de los Incas. A este ayllu pertenecía desde el principio la *Intihua-si* o Casa del Sol. Inca Roca, cuando construyó su nuevo palacio y abandonó la Casa del Sol como residencia, dejó a cargo de ella y de los seres tutelares de la tribu que cobijaba, a los *Tarpuntays*. Inca Yupanqui, quien pertenecía al mismo ayllu, al edificar el nuevo templo del sol e instalar en él las deidades de su flamante panteón, nombró este ayllu como sacerdotes oficiales del templo y culto.

El sacerdote supremo de la nación era nominal-

(1) El ayllus *Tarpuntay* figura entre los diez mirados como los originales de los Incas, en las listas dadas por Molina, Sarmiento y Cobo. En nuestro trabajo sobre los orígenes de los Incas, hemos expuesto las razones que tenemos para creer que este ayllu fuese el verdadero fundador del Cuzco.

mente el Inca reinante, quien en este carácter se llamaba *Inti-churi* (hijo del sol) pero el poder ejecutivo quedaba en manos de uno de sus parientes más próximos, quien llevaba el título de *Uillac*. (1) Esta dignidad era vitalicia y después del Inca dicho personaje era el más importante del imperio. Debajo de él, habían doce sacerdotes en jefe, uno para cada provincia, quienes eran sus regentes y se llamaban *Uillcas*. Si el *Uillac Uma* era, como dice Molina, el Papa, estos eran los arzobispos del imperio. No sólo eran dignatarios del culto solar, sino intervenían en todo lo referente a los cultos diversos y contra sus disposiciones no había apelación. Eran también elegidos entre los parientes cercanos del Inca y todos de sangre real.

Los sacerdotes de los templos del sol en todo el imperio se llamaban *Intip-Uillac* y eran generalmente escogidos del ayllu *Tarputay*, especialmente la casta de sacrificadores. En el Cuzco esta casta era llamada ordinariamente *Tarpuntay*, razón por la cual Molina habla siempre de los sacerdotes del Sol, por este nombre. Los sacerdotes de los dioses locales se elegían casi siempre entre los parientes de los curacas naturales, pues sólo uno criado en su culto y hablando la lengua nativa del lugar, podía conocer los ritos y detalles de ese culto particular. No obstante, durante el imperio eran subordinados al *Uilca* de la provincia. Se llamaban *Huacap Uillac*. (2)

Los ministros menores eran innumerables e in-

(1) Sacerdote en jefe, literalmente «hechicero en jefe».

(2) Sacerdote o hechicero de la Huaca.

cluían todos los que nosotros llamamos hechiceros, adivinos, shamanes, médicos, confesores, etc., etc. Trataremos de ellos en más detalle en otro capítulo.

Una de las instituciones de los Incas que llamó grandemente la atención de los españoles y que han tratado con mayor o menor extensión todos los cronistas e historiadores, fué la de las mujeres enclaustradas, que se han llamado «Vírgenes del Sol o Vestales».

Agregadas a los templos del Sol, por todo el imperio, se hallaron grandes números de mujeres dedicadas, al parecer, al culto solar. Generalmente se han llamado *mamacuna*, aunque algunos escritores distinguen varias categorías entre ellas.

En las numerosas relaciones que se han hecho acerca de estas mujeres existen muchas y graves contradicciones en cuanto a las funciones que desempeñaban y hasta ahora no se ha levantado completamente el velo del misterio que las rodea. Algunos escritores suponen que eran una especie de monjas, dedicadas a tareas religiosas, a las ceremonias de los templos y a los preparativos necesarios para los grandes festivales que se llevaban a cabo en escala gigantesca. Casi todos están de acuerdo que llevaban una vida de severa castidad perpétua.

Cieza de León dice de ellas: «En los templos principales tenían gran cantidad de vírgenes muy hermosas conforme a las que hubo en Roma en el templo de Vesta y casi guardaban los estatutos que ellas». (1) «Estas mujeres se llamaban *mama-*

(1) Crónica I. Cap. XXXVIII.

cuna. Sus únicas ocupaciones eran tejer paños de lana para el servicio del templo y hacer chicha, de la cual siempre tenían grandes tinajones». (1) Repite ésto en más o menos los mismos términos al descubrir las diferentes provincias por donde pasaba. Dice que «en las puertas de todas estas casas se estacionaban porteros para la guarda de las vírgenes, muchas de las cuales eran las hijas de los grandes señores, las doncellas más hermosas y agraciadas que podían hallarse. Quedaban en los templos hasta envejecerse». (2) Hablando de las que habían en el templo del Sol en Tumbamba dice que «a las puertas del cual había porteros, de los cuales se afirma que algunos eran castrados, que tenían carga de mirar por las *mamaconas*, que así habían por nombre las que residían en los templos». (3)

Otros de los primeros cronistas hablan de la costumbre de castrar a los porteros o guardianes de las mujeres, a manera de los eunucos de los harems del oriente. No solamente hacían ésto con los que tenían a su cargo las mujeres destinadas al servicio del sol, sino también con los que servían en los serallos de los grandes jefes o señores. Así, Zárate, al hablar de la isla de Puna, dice que «el señor de aquella isla era muy temido de sus vasallos, y tan celoso, que todos los servidores de su casa y guardas de sus mujeres traían cortadas las narices y miembros genitales». (4)

(1) Crónica. II. Cap. XXVII.

(2) Crónica II. Cap. XXVII.

(3) Crónica I. Cap. XLIV .

(4) Hist. del Descubrimiento y Conquista de la Provincia del Perú. Lib. I. Cap. VI.

Gomara, quien debe haber recibido sus noticias durante los primeros años de la ocupación, escribe: «Tienen casas de mugeres, cerradas como monasterios, de donde jamás salen; capan y aún castran los hombres que las guardan, y aún les cortan narices y bezos, porque no les codiciasen; matan a la que se empreña y peca con hombre; más si jura que la empreñó Pachacama que es el sol; castíganla de otra manera por amor a la casta; el hombre que a ellas entra, cuelgan de los pies. Algunos españoles dicen que ni eran vírgenes ni castas». (1)

Francisco de Xerez, uno de los primeros de todos los cronistas, dice: «se halló en el pueblo de Caxas una casa grande, fuerte y cercada de tapias con sus puertas, en la cual estaban muchas mugeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabalipa, sin tener varones más que los porteros que las guardaban y que a la entrada del pueblo había ciertos indios ahorcados de los pies; y se supo deste principal que Atabalipa los mandó matar porque uno dellos entró en la casa de las mugeres a dormir con una; al cual y a todos los porteros que lo consintieron, ahorcó». (2)

Garcilaso niega que hubiesen mujeres en los templos del Cuzco y menos en el Templo del Sol y declara que ni entraban aunque fuesen las mujeres y las hijas del rey. (3) Más adelante repite que «en la Casa del Sol no había servicio de mujeres». En ésto está en desacuerdo con los demás cronistas, y aún él admite que habían vírgenes reclusas, como más tarde veremos.

(1) Hist. de las Indias. Edición Vedia. p. 233.

(2) Conquista del Perú. Edición Vedia. p. 326.

(3) Comentarios Reales. Lib. I. Cap.

Estos eran casi los únicos datos de los primitivos cronistas, conocidos hasta hace poco años. No tomamos en cuenta por el momento las relaciones de los escritores del siglo XVII, porque cuando éstos escribían, la institución había desaparecido, y aún los de la última mitad del siglo XVI sólo la conocían cuando las mujeres en su mayor parte habían sido los juguetes de la concupiscencia española y por consiguiente la juzgaban con frecuencia de una manera errada. Sin embargo, con estos escasos datos se construyó una hermosa teoría en contorno de las mujeres dedicadas al servicio del sol, hablándose de sus vidas ejemplares y su castidad a toda prueba. Para que se pueda formar una idea de lo que se ha pretendido, daremos aquí dos citas de obras relativamente modernas; una de un autor peruano y el otro inglés, ambos apologistas de los Incas. Rivero en sus *Antigüedades Peruanas*, dice: «Habían vírgenes dedicadas al Sol y consideradas las mujeres de este dios; éstas vivían en claustros o conventos, en el mayor retraimiento. El más célebre era la *Acllahuasi* en el Cuzco, o Casa de las elegidas; y éstas se escogían a causa de su linaje o por su hermosura. Esta casa contenía más de mil vírgenes. Las únicas que podían aspirar a ser admitidas a este Colegio Sagrado eran doncellas de sangre real, quienes a la edad más tierna fueron quitadas del seno de sus familias para encerrarse en el convento, bajo la vigilancia de matronas ancianas a quienes se daba el nombre de *mamacunas* y quienes se habían envejecido dentro de los muros. Se les obligaban pronunciar el voto de virginidad y reclusión perpetua; sin tener

el menor contacto con el mundo, ni siquiera con sus parientes; y tan fielmente se guardaba este juramento que ni aún el monarca peruano osaba pisar los precintos del monasterio, privilegio que, en razón a su sexo se reservaba a la reina y sus hijas».

Continúa hablando de las ocupaciones de estas vírgenes, de acuerdo con lo que dice Cieza, y también menciona el lujo con que se arreglaban estas casas. Compara las mujeres con las Vestales de Roma, «Las cuales en muchos respectos tenían una gran semejanza a las Vírgenes del Sol». Dice que en las provincias habían claustros parecidos; pero destinados a otros propósitos, allí se recibían doncellas de toda clase, nobles y plebeyas, siempre que poseyeran belleza personal. Designadas por ser concubinas del monarca, las que obtenían este honor se elegían para mandarlas al Cuzco, quedando las demás a una virginidad perpetua como «esposas del Sol». (1)

Markham escribe: «Una institución muy notable e interesante era la de las vírgenes escogidas para el servicio del Sol, llamadas *Aclla*. Se conocían también como *Intip Chinan* o *Punchao Chinan*, sirvientes del Sol, (2) elegidas en todas partes del imperio por inspectores. En todos los templos del

(1) En estas relaciones hay una base de verdad, pero muchos detalles mal interpretados, que la publicación posterior de nuevas crónicas y documentos ayudan a aclarar.

(2) Esto es un error: las *Intip-chinan* (de *Inti*, sol, y *china*, sirviente mujer o niña) eran indias de la clase baja que ayudaban hacer todo el trabajo pesado del establecimiento, pero que no eran permitidas entrar en el santuario del templo.

Sol habían vírgenes, eligiéndose las del Cuzco en la vecindad de la ciudad, en Huanuco y en Chachapoyas. Después de ser inspeccionadas se colocaban bajo la vigilancia de matronas llamadas *Mamacuna* y tuvieron que pasar por un noviciado. Habían más de 3,000 vírgenes en el Cuzco con una matrona para cada diez. El noviciado duraba por tres años, y en este interim las niñas aprendían a coser, tejer, hacer pan fino y tortas, barrer y asear el templo y mantener el fuego sagrado que siempre se tenía encendido, llamado *Nina Uilca*. Muchas princesas e hijas de los nobles se enviaban allí a educarse con las novicias aún cuando no iban a ser *aclla*. Cuando las novicias habían servido tres años se llamaban *Huamac*. Eran llevadas ante el Inca y el Uillac Uma. Las que no sentían vocación recibían maridos. Las que querían quedarse de Vírgenes del Sol se vestían de blanco con guirnaldas de oro (*Ceuri Uincha*) en las cabezas. Se dedicaban al Sol por el resto de su vida y se ocupaban en el servicio del templo». (1)

Estas son las teorías generalmente aceptadas respecto de esta institución y la mayoría de los escritores modernos las han repetido con mayores o menores adornos, como una cosa probada. Pero un estudio más profundo de las crónicas y documentos primitivos, muchos de los cuales son de los que la conocían personalmente, antes que los españoles quitaban todas las mujeres para servirse de ellas, demuestra que, en gran parte, estas teorías son erróneas. Durante los últimos años se han

(1) The Incas of Peru. ob. cit. pp. 106-7.

publicado un gran número de relaciones y documentos que antes permanecían inéditos u olvidados en los archivos que proyectan una nueva luz sobre las instituciones incaicas y permiten formar un juicio de ellas más en conformidad con las costumbres de la época y la mentalidad que estas demuestran haber existido. Por ésto, antes de analizar la institución de las supuestas Vírgenes del Sol, conviene que echemos una rápida ojeada sobre el estado moral de los indios peruanos incluso el de los incas, en cuanto se refiere a la castidad de sus mujeres.

Dice Cieza de León, quien era apologista de los incas, hablando de sus fiestas, que pasaban «siempre bebiendo hasta quedar muy embriagados; y como están sin sentido, algunos toman las mujeres que quieren, y llevadas a alguna casa, usan con ellas sus lujurias, sin tenerlo por cosa fea, *porque ni entienden el don que está debajo de la vergüenza ni miran en la honra, ni tienen mucha cuenta con el mundo*, porque no procuran más de comer lo que cogen con el trabajo de sus manos». (1) En numerosas otras partes, al referirse a las costumbres de las gentes que vió en sus viajes, vuelve a hablar de la falta de castidad en las mujeres.

Pedro Pizarro asegura que antes de casarse, las solteras tenían relaciones sexuales con quienes quisiesen. (3) Hemos visto más atrás lo que dice respecto de los Incas y los nobles y sus costumbres licenciosas y que aun el incesto era co-

(1) Crónica I. Cap. XLI.

(2) Relación del Descubrimiento, etc. pp. 347 y 379.

mún entre ellos. Arriaga, Villa-Gómez y casi todos los primeros escritores hacen observaciones parecidas. En un documento anónimo y sin fecha, dirigido a don Juan Sarmiento, encontramos lo siguiente: que pinta la generalidad de los indios de aquellos tiempos, y puede muy bien referirse a los de hoy. «Es gente muy desgraciada cuanto hay en el mundo, y muy inclinada a mentir, e inclinadísima a lujuria, tanto que no perdonan hermano a hermana, ni padre a hija, antes los padres las suelen desflorar; tampoco perdona el hijo a la madre y acontece muchas veces dar de palos a la madre el hijo, porque consiente en su carnalidad; y finalmente ningun respeto se tiene en esta materia a pudor más que puras bestias... No tienen cuenta con que sus hijas sean doncellas, ni los que se casan tienen cuenta que sus mujeres sean vírgenes, antes ellos y ellas buscan a quien contentar en el uso carnal para hacer sus casamientos». (1)

Lorente resume la cuestión en estas frases: «también sorprende su manera de pensar sobre la castidad de las mujeres. Tenían en poco la de las solteras y solía ser más estimada la que había sido más licenciosa». (2)

Entre los collas era excesiva la licencia sexual y aún lo es en el día. Era de rigor que la mujer fuese desflorada antes de casarse y existía en muchas

(1) Parecer acerca de la perpetuidad y buen gobierno de los indios del Perú, y aviso de los que deben hacer los encomenderos para salvarse. Publicado por don José Toribio Medina, en «La Imprenta en Lima 1584-1824». Tomo I, pp. 222-223.

(2) Hist. Antig. del Perú. Ob. cit. p. 77.

partes la *tincunacспа* o año de prueba antes de efectuar el matrimonio. En las Ordenanzas del Perú, encontramos un decreto del virrey Toledo que prohíbe la costumbre. En las «Constituciones synodales del Arzobispado de Los Reyes, de 1613, se manda a los curas tratar de extirparla. Arriaga, en 1621 escribió: «Otro abuso es muy común entre todos los Yndios oy en día, que antes de casarse se an de conocer primero y juntarse algunas veces, y assi es caso muy raro el casarse, sino es primero *Tincunacспа* como ellos dizen, y estar tan assentados en este engaño, que pidiéndome en un pueblo por donde passava, vn Yndio, que le casase con vna Yndia, vn hermano de ella lo contradecía grandemente, y no dava otra causa, sino que nunca se avian conocido, ni juntádose, y de otro Yndio sé yo que aviéndose casado no podía ver a su muger, y le dava mala vida, porque dixo que era de mala condición, pues nadie la avia querido ni conocido antes de que se casase». (1)

Bandalier y Muñiz dicen que esta costumbre todavía persiste entre los aymarás y quechuas. El último dice «El indio de hoy no se casa sin antes haber llevado una vida de concubinato por el espacio de algunos años que no pasan de siete». (2) Igual cosa pasa entre una gran parte de la población de los campesinos chilenos, que muchas veces

(1) Extirpación de Ydolatría. p. 34. Los padres agustinos dicen que en Huamachuco y Cajamarca existía esta costumbre que llamaban «*pantanaco*».

(2) Del Folklore Indígena, por César Augusto Muñiz. Revista Universitaria. Organó de la Universidad del Cuzco. Año XI. N.º 52. 3.er trimestre 1926.

viene a casarse después de muchos años de amancebamiento.

Estas cosas no son para asombrarse. No sólo en América, sino en muchas otras partes del mundo, la castidad de las mujeres solteras se miraba con entera indiferencia y únicamente después de casarse se exigía una mayor continencia. A menudo, entre los mismos pueblos donde reinaba la mayor licencia por parte de las solteras, el adulterio de la mujer casada se castigaba con la muerte; no por ningún motivo de moralidad sexual, sino porque se consideraba a la mujer casada como una propiedad exclusiva del marido y el adulterio era una apropiación y un abuso de este derecho. El marido podía prestar o en algunos casos vender a su mujer, pero cualquier infidelidad, para ser tolerada, debía hacerse con su venia y consentimiento. No era el hecho mismo, que era vituperado, sino las condiciones en que se efectuaba.

La mayor parte de los sociólogos han comentado este estado peculiar de mentalidad de los pueblos primitivos, y en este respecto los Incas del Perú no diferían de los demás.

Cuando tomamos en cuenta todos estos hechos es difícil creer que se prestase tanta atención y cuidado en la selección de tantos miles de muchachas, por todo el imperio, con el único fin de conservarlas vírgenes, aún cuando fuesen dedicadas al Sol. Las costumbres de los Incas mismos, la indiferencia general respecto de la castidad, que en algunas partes llegaba al extremo de que una niña que no había perdido su virginidad no podía casarse; y en otras que la novia fuese públicamente violada por

sus parientes cercanos, antes de efectuar el matrimonio, no parecen indicar que fuese exacta lo que tanto se ha preganado respecto de la castidad de estas muchachas.

Por otra parte sabemos que los indios atribuían las mismas costumbres relajadas a sus dioses. Hemos visto que *Con-Iraya* acostumbraba violar a cuanta mujer jóven encontrara en sus andadas, como consta por las leyendas que de él quedan. Los Incas mismos sacrificaban mujeres constantemente a sus dioses para que no les faltasen mujeres y concubinas.

No obstante, parece probable que una parte considerable de las *acllas* eran vírgenes a su entrada en las casas de seclusión, no tanto porque tenían costumbres más recatadas que las demás, sino porque se recogían a la edad de ocho, diez y doce años, aunque otras habían que tenían catorce o quince.

Veamos ahora lo que nos dicen los cronistas que alcanzaron a conocerlas personalmente. Pedro Pizarro nos da una larga descripción, y como fué uno de los conquistadores tuvo mejor oportunidad de saber que los que escribieron más tarde, cuando la institución había ya desaparecido. Dice: «En este buhio donde digo estaba el Sol, dormían cotidiano más de doscientas mugeres hijas de los indios principales: dormían en el suelo, y al bulto del Sol tenían puesto en un escaño alto, muy rico de mucha plumería de tornasol, y fingían ellas dormir allí y que el Sol se ayuntaba con ellas.

«Trataré ahora de lo que son estas *mamaconas* y este nombre que tienen de *mamaconas* era costumbre entre este linaje destes orejones que eran mu-

cha gente y tenido entre ellos por caballeros... Tenían libertad desde eran de edad, de escoger a quien era su voluntad a llegar para lo servir y nombrarse a su apellido y dende chicos sus padres los señalaban y dedicaban o para el Sol o para el Señor que a la sazón reinaba, o por alguno de los muertos que tengo dicho señalábanlos a su servicio; y los que eran para el Sol, estaban en sus casas, que eran muy grandes y muy cerradas ocupándose las mugeres en hacer chicha, que era una manera de brebaje que hacían del maíz que bebían como nosotros el vino, y en guisar de comer así para el Sol como para los que le servían; habían de estar recogidas de noche todas sin salir fuera destos cercados y casas, que tenían muchas porteros que las guardaban y una sola puerta que en estas casas y cercados vi yo; no había que dormir ni quedar de noche ningún varón so pena de la vida porque si se supiera (vi la orden como tengo dicho) él que todo lo dispensaba y mandaba en sus ritos los hiciera matar, porque a este obedecían y tenían en sus ceremonias y ritos. *De día podían salir estas mugeres* y estas se llamaban *mamaconas*: las que estaban para el servicio estaban así como tengo dicho, en otros lugares cercados teniendo puertas y porteros que las guardaban: ocupábanse así-mismo en lo mezmó que tengo dicho hazían las del Sol y en servir a las hermanas de los Ingas. Las que estaban con los muertos tenían libertad, porque aunque estaban encerradas en sus casas, no estaban tan oprimidas como las demás ya dichas. En todo este reino del Pirú había esta orden de *mamaconas* en provincias jun-

tándose en la mayor provincia y cabeza que ellos tenían señalada, trayendo allí todas las hijas de los indios principales y en sus mismos pueblos, aunque fuesen pequeños, tenían casas de recogimiento para recoger las hijas que nacían de todos los indios: en siendo edad de diez años estas se ocupaban en ayudar a hacer las sementeras del Sol y del Inga y hacer ropa delgada para los señores, digo en hilar lana porque en tejella varones no querían. Así mismo estas se ocupaban en hacer chicha para los indios que cultivaba las tierras del Sol y del Inga, y para si pasaban guarniciones de gente de guerra dalles de comer y desta chicha. La orden que tenían para dar mugeres a los indios y renovar estas *mamaconas* era que de año en año el gobernador que gobernaba las provincias que el Inga tenía puestos que eran orejones... este cada año juntaba estas *mamaconas* en la plaza y las que eran ya mayores para casar les decía escojiesen los maridos que querían de su pueblo y llamados a los indios les preguntaban que con qué indias se querían casar de aquellas, y por este orden cada año iba casando, sacando las mayores y metiendo otras de edad de diez años como tengo dicho. Si acaso había alguna india desta que fuese muy hermosa la enviaba al Señor. Estas se llamaban *mamaconas*, esto era muy común en toda esta tierra del Perú». (1)

Hernando Pizarro también, en una carta (2) habla de estas mujeres. Dice que algunas de ellas eran guardadas para *sacrificarlas al Sol*. En las

(1) Relación del Descubrimiento, etc. pp. 266-7,

(2) Carta a la Audiencia de Santo Domingo. Bib. de Autores Españ. Vol XIX. p. 497.

provincias, el jefe del distrito las elegía, «porque cuando el señor del reino pasa, las mejores se sacan y le son presentadas y se reemplazan con otras. De estas casas se sacaban mujeres que se nos presentaban cuando pasamos por allí».

Diego de Molina, criticando las observaciones hechas en esta carta, según nos cuenta Oviedo, dijo que «esas mujeres castas de que habla esta carta no es más que farsa; no son castas, pero es cierto que son guardadas por hombres castrados». (1)

Francisco de Xerez al hablar de la casa de Atahualpa dice que estaba llena de estas mujeres todas ocupadas en hacer chicha para las tropas. y que en un número de aposentos en torno de una pequeña plaza habían muchas mujeres para el servicio de este Atabalipa». (2)

Sarmiento habla de ciertas mujeres que vivían en la «Casa del Sol» a manera de monjas. Estas todas llegaban vírgenes, pero pocas quedaban sin haber tenido relaciones con el Inca. (3) También dice que Tupac Inca ordenó la seclusión de ciertas mujeres de la manera de nuestras monjas profesas, doncellas de doce años y más, llamadas *aclla*. De aquí se sacaban para casarlas por el Tueurico Apu o por orden del Inca, quien cuando algún capitán volvía victorioso, distribuía las *acllas* a los jefes y soldados u otros servidores que le habían complacido, como regalos graciosos que eran muy preciados. Cuando sacaron algunas fueron reemplazadas por otras, porque siempre debía haber el nú-

(1) Oviedo. Hist. Gen. IV. p. 213.

(2) Verdadera Relación. Ob. cit. p. 330.

(3) Hist. Ind. Cap. XXXI.

mero que en el principio ordenó el Inca. Si un hombre saque o se halla adentro con ella, se ahorcan a ambos atados juntos». (1)

Balboa distingue varias clases de *acllas*. Dice que de la segunda clase que llaman *Guayar aclla*, formada de las que tenían de quince a veinte años el Inca elegía sus concubinas y las esposas que daba a sus capitanes. (2)

Diego Fernández, el Palatino, escribe: «Y assi mismo avia ciento, y dozientas (más o menos) vírgenes, de las más hermosas donzellas de aquella Provincia: todas hijas de Caciques y principales. Y en guarda dellas (en algunas partes) avia indios capados: y nadie podía tratar ni conversar con estas *mamaconas*. Y si alguno lo intentava; luego le enterravan vivo. *Solo el Señor las podía hablar; y escoger la que quisiese para su plazer o para muger con las demás que tenía*». (3)

Padre Ramos explica un poco mejor algunos detalles de esta institución, que en otros relatos parecen confusos. Dice: «Sabido es que a semejanza de las Vestales de Roma, tuvo el Perú vírgenes dedicadas al Sol, habiendo muchas casas de ellas en el imperio, y por lo menos una en cada provincia; en que había dos clases de doncellas, unas llamadas así y otras *Mamaconas*, que eran las maestras de novicias; éstas eran admitidas a los ocho años

(1) Hist. Ind. Cap. LII.

(2) Histoire du Perou, par Miguel Cabello Balboa, p. 122. Col. de H. Ternaux Compans. París 1840.

(3) Segunda Parte de la Historia del Perú. Sevilla 1571. Reimpreso en la Col. de Odriozola. Vol. IX. Lib. III. Cap. XI. p. 363. Lima 1876.

y se criaban en recogimiento hasta los quince o dieziseis. En esa edad las sacaban para desposarlas con el Inca o con sus capitanes favoritos, aunque esto se hacía rara vez en las fiestas principales y con orden expreso del soberano. Cuando después se ensangrentó el culto, algunas también se sacrificaban al Sol... Cuando después en las fiestas principales sacaban algunas para ofrecerlas en sacrificio al Sol, esas más infelices Ifigenias eran degolladas... Cuando estas niñas dedicadas al sol llegaban a la edad florida debían guardar perpetua virginidad, mientras el Inga no las escojiese, pues era el intérprete soberano y el representante vivo del Sol». (1)

La Gasca confirma en parte lo que dice Pedro Pizarro de las «Vírgenes del Sol» del Cuzco, y nos da un detalle curioso que ningún otro cronista menciona, aunque él que acabamos de mencionar dice algo parecido. Refiriéndose al Templo del Sol, dice: «Y en la dicha casa hauia una camarica donde estaua una cama en la qual cada noche apuesta del sol ponían con gran ceremonia las principales mugeres que allí estauan una figura del Sol hecho de oro y a la mañana al salir el sol tornauan a poner en un corredor que estaua hazia donde el sol salía adonde estaua hasta que como dicho es a puesta del sol se le panían en la cama». (2)

Tampoco es cierto lo que dicen casi todos los cronistas de que estas doncellas estaban perpetuamente encerradas y que no podían jamás salir sino cuando el Inca las sacaban para su serallo o para

(1) Hist. de Copacabana. Ob. cit. pp. 12 y 15.

(2) Descripción del Perú. Ob. cit.

darlas a alguno de sus capitanes o servidores. En varias de las relaciones de fiestas y reuniones religiosas hallamos mención de un estado muy diferente de cosas. Vemos en la descripción de la fiesta del Sol que nos da Molina, y que acabamos de reproducir, que salieron más de doscientas de estas mujeres al campo donde se celebraba la fiesta, llevando jarros de chicha. El mismo cronista nos cuenta también de las *mamaconas* que asistían a la fiesta y orgía de Mantucalla donde el Inca y sus cortesanos se encerraban con ellas. En todas las fiestas celebradas en la plaza de Aucaypata, las *acllas* y *mamaconas* que tenían a su cargo los diferentes ídolos y *malquis* de los difuntos Incas y sus Coyas, acompañaban a éstos y tomaban parte activa en las ceremonias. Otros cronistas nos dicen que cuando salían a las calles iban acompañadas por una guardia y que cualquiera persona que les mostraba el menor desrespeto se castigaba severamente, a veces con la muerte.

Garcilaso, aunque en otra parte dice que en el Templo del Sol no había mujeres, da una larga descripción de estas vírgenes, y termina con la siguiente declaración nignificativa: «*Porque auiendo de tener hijos el Sol como ellos imaginauan, no era razón q' fueran bastardos, mezclados de sangre diuina y humana. Por tanto auian de ser legítimos de la Sangre Real que era la misma del Sol*». (1).

El documento anónimo a que hemos hecho referencia más atrás, hablando de los tributos, dice:

(1) Comentarios Reales. Lib. IV. Cap. II.

«Antes servían al Inga con gran cantidad de sus hijas para *mamaconas* que llamaban, las cuales el Inga tenía encerradas y con gran guardia que nadie las vía, sino era él, *que entraba a las que quería cuando le parecía* y desto están también libres». (1)

Pero indudablemente la mejor descripción y la más clara de las que hemos encontrado, es una hecha por Damian de la Bandera, vecino del Cuzco, y fechada en Guamanga en 26 de Agosto de 1557. Asegura que las mugeres recogidas eran tributo que pagaba cada provincia. Por ser muy poca conocida esta relación, reproducimos aquí la parte pertinente. Continua: «Hizo división el Inga (Yupanqui) en las mugeres, desta manera: que de las señoras más principales señaló mugeres para el Sol, las cuales se llamaban *indio-guarmen* (2), a las cuales mandó hacer casa particular, do estaban con mucho recogimiento con sus porteros y se les preveía de lo necesario y lo mesmo para las guacas poca cosa.

«Más después del Sol, aplicó para sí todas las más hijas de señores de cada valle e provincia, a las cuales mandaban hacer casa e daba servicio, y estas hacían ropa para el Inga conforme a su estatura, y se llamaban *mamaconas* que parece nombre propio. .

«Las demás mujeres de diez años arriba las mandó juntar y mandaban siempre, y destas escojía las de mejor parecer, aunque fuesen hijas de indios po-

(1) Parecer acerca de la Perpetuidad, etc. Ob. Cit. «Imprenta en Lima» I. p. 227.

(2) *Inti-huarmi*—mugeres del Sol.

bres y poníanlas en otra casa que mandaba hacer, a las cuales llamaban *acra* (*aclla*), que quiere decir escojidas, dábales servicio y estaban en todo recogimiento, hacían ropa para el Inga, y estas estaban allí para casarse y desque eran para casarse el Inga las dava y repartía a sus criados y a los que le servían en la guerra y a otros que él quería hacer merced de alguna.

«Y las que destas quedaban por desechadas que se llamaban *havasipas* que quiere decir mozas sin cuenta, estas tenían cargo della el curaca y las hacía trabajar y las casaba a su tiempo sin licencia del Inga y lo mismo hacía a las viudas.

«Había otro visitador que se decía *guarmicoc*, que quiere decir «el que da mugeres». Este venía a visitar las *mamaconas*, mugeres del Inca y del Sol, y sabía que tal era la vida de ellas y lo que habían trabajado; y si se había alguno echado con ellas, trabajo había. Estas no había remedio de casamiento, ni de mudar el hábito y profesión de servir al Sol. Visitaba luego las *acras*, que quiere decir escojidas, y si había algunos defectos, castigábanlas con mucho rigor, porque ya las sacaban a casar.

«El casamiento y convención hacíase desta manera: que juntaban en un llano los hombres a quienes se había de dar estas mugeres *acras*, que siempre se daban a criados del Inga y yanaconas que le servían; estos aunque tuviesen mugeres, y no había más cirimonias de decir: «toma tu ésta», y «éstas dos vayan con aquel», sin más voluntad del padre ni de madre; y destas *acras* llevaban donde el Inga estaba, para que él hiciese merced de ellas

a quien quisiese; a criados y a personas a quien tenía obligación... y a la que no quería ir de buena gana la mataban porque el que iba contra lo que el Inga mandaba, era muerto...

«Estas *acras* que el Inga casaba, muerto el marido, tenían libertad después para casarse con quien quisiesen y se volvían a sus tierras, y todo esto hacían sin licencia del Inga, que en casándolas ya no había más cuenta con ellas». (1)

Con toda esta evidencia, al parecer confusa y a menudo contradictoria ¿qué deducciones seguras podemos sacar?

Las contradicciones se derivan en su mayor parte de lo incompleto de las descripciones; pues dan solamente los detalles aparentes y superficiales observados o adquiridos a segunda mano por los narradores. Con la muerte de Atahualpa, la institución murió, de manera que la mayor parte de los cronistas la conocía sólo de referencia y nunca supo darla su verdadera significancia.

Bandalier se acerca mucho a la verdad cuando dice: «El título de «*Vírgenes del Sol*» dado con frecuencia a estas mujeres enclaustradas o más bien

(1) Relación del origen é gobierno que los Incas tuvieron y del que había antes que ellos señoreasen a los indios deste reino, y de que tiempo, y de otras cosas que al gobierno convenía, declaradas por señores que sirvieron al Inga Yupanqui y a Topainga Yupanqui y a Guainacapac y a Huascar Inga. Reproducida por don José Toribio Medina en su «*Imprenta en Lima*». Tomo I. Esta y otras relaciones hasta entonces inéditas se hallaron por el célebre bibliófilo en el Archivo de Indias, y son publicadas por primera vez en la obra que indicamos.

recluídas, no es apropiado.» Después de dar algunas de las citas que hemos reproducido, continúa: «Hasta aquí las declaraciones de partes que vieron la sociedad indiana en el Perú, mientras se hallaba en su condición primitiva. Demuestra que las *mamaconas* (literalmente «madres», de *mama*, madre y el plural *cuna*) eran de hecho un *tributo de mugeres exigido por la tribu del Cuzco* y secundariamente *la castidad por parte de ellas era sólo relativa, no absoluta*. Los edificios en que se guardaban estas mujeres bajo vigilancia, no eran más que depósitos para el resguardo del tributo de mujeres». Cita a Cieza de León en apoyo de esta teoría, diciendo: «Anteriormente, enumera entre el tributo que exigía el Inca, a las mujeres y niños, quienes se quitaban de sus hogares sin tristesas, pues si un hombre no tenía más que un hijo o hija a estos no les quitaban, pero si tuviesen tres o cuatro, eran llevados en pago del tributo» (1).

Estas observaciones son exactas, pero incompletas, pues no explican más que el origen de la institución. Un estudio de todos los detalles que nos ha sido posible reunir sobre la materia, nos permite ofrecer la siguiente solución, que, además de ser el fiel reflejo de lo que era verdaderamente la institución, resuelve todas las contradicciones.

Sabido es que los incas, al igual de los demás pueblos del imperio, eran polígamos; pero entre ellos como en todas las naciones poligámicas, el te-

(1) The Islands of Titicaca, etc. pp. 252-3 Nota 67. La cita de Cieza se halla en la Crónica, II cap., pp. 62.

ner más de una mujer era lujo de los ricos o nobles y no la condición general, pues la inmensa mayoría de las familias eran monogámicas.

No solamente los Incas reales, sino todos los nobles tenían estas costumbres, como también las tenían los caciques y los acomodados por todo el imperio, mucho antes que los incas extendieran sus dominios. Además de sus mujeres legítimas y secundarias, los grandes magnates mantenían un gran número de cuncubinas, cuya condición social era inferior a la de las esposas. Esto sucedía especialmente entre los gobernantes de las diferentes naciones del imperio y entre los representantes del Inca, en las diferentes provincias conquistadas.

La familia del Inca, la que se puede tomar como ejemplo en mayor escala de la de todos los jefes y nobles, se componía de: 1.^a la *Coya* o reina o sea la primera y legítima mujer; 2.^a las *sipacoyas* o esposas secundarias, con las cuales era casado, según las costumbres de los tiempos y cuyos hijos reconocía como legítimos; 3.^a las *mamacuna* o madres que eran concubinas, amparadas y provistas de medios de sustento y comodidad aún después de rechazadas o reemplazadas por otras, pero que no tenían reconocimiento oficial, ni ellas ni sus hijos. En los serallos imperiales, el número de éstas últimas llegaba a menudo a varios centenares. Algunas de ellas, aún después de estar durante años en el serallo, permanecían vírgenes, si no llegasen a exitar la concupiscencia del monarca, y a veces eran entregadas a algún servidor como señal de grande estimación.

Cieza hablando de los serallos de los Incas reales, dice que había ninguno de los últimos monarcas que no tuviese a lo menos «setecientos mujeres para el servicio de su casa y para su placer y en este modo tuvieron muchos hijos nacidos en sus mujeres y de sus concubinas... Eran bien tratadas y estimadas de los naturales, alojadas en un palacio por el Inca, acompañándole donde quiera que anduviera...

«Los hijos que tenían los señores en estas mujeres cuando crecían, recibían tierras y heredades que llamaban *chacras*, como también ropas y otras necesidades, de los depósitos fiscales. Pero no se les confería ningún gobierno o señoría, porque en el caso de alguna revuelta en el reino no convenía que estuviese en situación de estimarse como hijos legítimos del rey». (1).

La institución de las mujeres recluidas, a lo menos en cuanto al culto del Sol, se originó únicamente en el reinado del Inca Yupanqui, quien inició el culto divino de este astro. Solamente después de la reconstrucción y aumento del Templo del Sol instituyó el monarca un servicio de mujeres para el culto. Al principio éstas eran elegidas entre las mujeres de sangre real, pero después de sus conquistas lo hizo más extenso, fijando en mil el número de doncellas para el servicio del Templo del Cuzco. Al imponer tributos a los pueblos conquistados, estableció que entre éstos, cada provincia entregara cada año un número determinado de muchachas entre ocho y doce años. Este tributo

(1) Crónica, II Cap.

de mujeres, lo mismo que todos los demás tributos, se dividía en dos partes, una de las cuales correspondía al Sol, es decir, el culto, y la otra al Inca.

No sabemos que nombre llevaban estas mujeres originalmente, pero es probable que desde el principio se llamaban *aclla*, escogidas. Estaban a cargo de mujeres de cierta edad, probablemente, en el primer lugar elegidas de las concubinas o *mamacuna* del monarca. El nombre de *mamacuna* se mantuvo hasta el último y es por este nombre que la mayoría de los cronistas llaman a todas las mujeres recluidas, fuesen éstas del Sol o del Inca. Pero este nombre, que significa «las madres» en ningún caso podría haberse aplicado a las niñas jóvenes o vírgenes pues su esencia es completamente contraria a esta idea.

El objeto primario de la selección y encierro de niñas hermosas era para proveer los dioses—no solamente el Sol—de esposas. Esto demuestra que los Incas tenían un concepto completamente materialista de sus deidades y suponían que tenían las mismas necesidades y los mismos deseos de los hombres. Algunas de las niñas elegidas como esposas de los dioses se destinaban a ser sacrificadas en las fiestas de mayor importancia. Estas según Molina, se llamaban *Coya Pacsa* (1), reina luna, es decir, la esposa del Sol.

Los dioses necesitaban también alimentos, vestidos etc., y éstos eran preparados por las escogidas dedicadas a su servicio. Cada dios tenía sus servi-

(1) La corrupción quechua de la voz aymará *Phakhsa*, luna. En quechua la luna era *Quilla*.

doras propias. Las del Sol, las más conocidas, se llamaban *Intip-aclla* o *Intip huarimi* y *Intip-chinán*, voces que significan respectivamente, escogidas del sol, mujeres del sol y sirvientes del sol; las últimas eran como hemos dicho antes, las mujeres de la plebe, que hacían los trabajos más rudos en el exterior del templo. Entre otras tareas les correspondían a las *acllas* cuidar del fuego sagrado (*nina mosoc*) del altar principal del templo. Algunas de ellas estaban de guardia día y noche delante del altar, y era un crimen terrible castigado con tormentos atroces si lo dejaban apagarse.

La institución, pequeña en sus principios, acrecentó con la expansión del imperio. Inca Yupanqui, hizo edificar un gran convento o palacio para alojar las *acllas*. Este se llamaba la *acllahuasi* o casa de las escogidas. estaba separada del templo del Sol por el cuerpo del edificio ocupado por el sacerdocio. Era de gran extensión, más o menos de 250 metros por 65 y rodeado por una gran muralla de siete a ocho metros de alto. No tenía más que una sola puerta, guardada día y noche por porteros, quienes, según algunos de los cronistas eran castrados. La ficción de que estas *aclla* jamás salían de su claustro está desmentida por el hecho que no teniendo ninguna comunicación directa entre la *acllahuasi* y el templo, no podían hacer el servicio de este último sin salir. También tenemos el testimonio de Sarmento, Pedro Pizarro y Garcilaso que un número de ellas dormían en el templo; Pedro Pizarro dice doscientas y lo que parece más probable era que todas las que habían cumplido los quince años turnaban en los cuidados nocturnos del templo.

Las *acllas* al ingresar a las casas de reclusión, tenían de ocho a doce años y no entraban en el verdadero servicio hasta haber cumplido los quince. Este período se pasaba en aprender varias tareas y deberes, en hilar, tejer, cocinar, hacer bebidas fermentadas, etc. Es éste el período que algunos cronistas llaman de noviciado. Cuando eran completamente púberes, entraban en sus verdaderas funciones de mujeres del Sol; iban al templo y se ocupaban del servicio interno de aseo y de atender a las necesidades de los dioses.

El Inca, como hijo del Sol, y los principales sacerdotes, siempre de sangre real y también hijos del dios, tenían a toda hora acceso a estas mujeres; y los hijos nacidos de ellas eran indefectiblemente dedicados al servicio del templo y se llamaban *Intipyumaycuna* los engendrados por el Sol. Al hacerse madre estas mujeres pasaban a la categoría de las *mamacuna*. Las que tenían vocación permanecían en la *acllahuasi* a cargo de las generaciones más jóvenes y las otras se retiraban a sus casas o a veces se casaban con los sacerdotes, la mayor parte de los cuales eran casados, porque el culto solar no exigía la castidad, ni en los hombres, ni en las mujeres. Recordamos lo que dice Garcilaso respecto de los hijos nacidos de las mujeres reclusas, que siendo forzoso que tuviesen hijos, no era motivo que los hijos nacidos al sol fuesen de otra sangre que la legítima de los incas.

Pero, las *aclla* destinadas al culto, no eran todas dedicadas al Sol. Cada dios y cada templo tenía su dotación, excepción hecha a Viracocha, quien, según decían, no necesitaba mujeres espe-

ciales ya que todas eran de él. La luna tenía sus doncellas, y hasta los monarcas difuntos tenían las suyas, como nos dice Molina en la relación que hemos reproducido de la fiesta del Sol, en la cual nos asegura que cada momia tenía doce o quince que le atendían y le acompañaban a las fiestas celebradas en la plaza. Todas estas cosas nos demuestran que la idea general del enclaustramiento absoluta de estas mujeres es completamente falsa. Las *accla* de los otros dioses residían en anexos de los templos de éstos, y las que atendían a las necesidades de los Incas y Coyas difuntos vivían en los palacios de cada cual.

Eran éstas las mujeres que se han llamado Vírgenes del Sol. Nos dirán que si tenía esta libertad relativa ¿cómo existían leyes tan estrictas respecto a su castidad? Para contestar esta pregunta debemos llamar la atención al hecho que éstas niñas y mujeres eran dedicadas al culto, es decir, que eran sagradas o *tabu*, a todos los que no eran sacerdotes de los respectivos templos, de sangre divina y considerados como representantes de los dioses en la tierra. Los casos citados, y las referencias hechas en las crónicas se refieren al vulgo, o a todos los que no eran de la jerarquía sacerdotal. No era tanto el atentado contra la castidad de las mujeres, sino el sacrilegio de tocar lo que era dedicado a los dioses que se castigaba, y en las mujeres el profanar sus cuerpos destinados exclusivamente a las deidades.

Además de estas escogidas, dedicadas al culto, había otras destinadas al servicio del Inca, que también formaban parte del tributo de mujeres.

Estas también se llamaban por el nombre de *aclla* que era genérico para todas. Habitaban edificios aparte y nada tenían que ver con la otra clase o sea las *Intip-huarmiti*. El Inca Yupanqui y sus sucesores hacían construir en todas las nuevas provincias conquistadas, templos y palacios y como anexos a ellos grandes edificios o *acllahuasi* para las mujeres escogidas. Los destinados a las *Intip-huarmiti* estaban siempre en las inmediaciones de los templos y los para las *Incap-aclla*, mujeres del Inca, adjuntos a los palacios. Cada año, las más hermosas de las niñas escogidas para el Inca, fueron mandadas al Cuzco, y de ellas el Inca escogía las que debían entrar en el serallo imperial. Las otras las repartía entre sus capitanes y amigos, o las entregaba a los que le habían prestado algún importante servicio, o a quienes quería dar una prueba de reconocimiento o de estimación. Las demás se guardaban en las *acllahuasi* provinciales, escogiendo el gobernador las que debían entrar en su serallo particular. Durante su encierro, estas mujeres del Inca se ocupaban principalmente en hilar y tejer grandes cantidades de ropa para los soldados, para los nobles y para todos los que se encontraban al servicio público. Esta ropa se guardaba en los depósitos imperiales. Las *Intip-huarmiti* hacían otro tanto para el sacerdocio y todos los ocupados en el servicio de los templos o del culto. Además fabricaban enormes cantidades de licores fermentadas de diferentes clases; las *Intip-huarmiti* para las grandes fiestas religiosas y para el consumo diario de los dioses y del sacerdocio; y las *Incap-aclla* para el Inca y los nobles y para las tro-

pas de las guarniciones o para los que andaban en tránsito.

No todas las mujeres escogidas cada año ingresaban a los templos o a los serallos. Después de completar los números determinados para estos establecimientos, que variaban de año en año, según la cantidad que se retiraban por distintas causas, y de las que se entregaban a diferentes individuos por merced del Inca, quedaba un número considerable, generalmente las menos favorecidas físicamente. Estas ocupaban una posición subordinada y eran ocupadas en las tareas inferiores o más pesadas. El mes antes de la nueva selección anual, las que no habían recibido aún un destino, se repartían a los empleados subalternos del culto y de la administración civil. En el Cuzco este reparto se hacía por el Inca en persona, y en las provincias, por los gobernadores, sus representantes. Son éstos los casamientos obligados a que se refieren los cronistas. Pero en verdad no eran casamientos, sino mercedes de concubinas que se hacían a los servidores meritorios, y por ésto vemos que a veces se repartían dos o más al mismo individuo y según nos cuenta Damián de la Bandera se hacía sin rito o ceremonia de ninguna especie. Los agraciados, como se mantenían ellos y sus familias a costo del estado o del culto, no tenían para qué preocuparse de cuestiones económicas al recibir tales adiciones a sus hogares y se consideraban muy afortunados.

Garcilaso y varios otros cronistas, tenían noticias de estos repartos de mujeres todos los años, en las capitales de provincias, y sin comprender ni su al-

cance ni su explicación, han pintado un cuadro fantástico, en que aseguran que nadie en el imperio podía casarse sin el permiso especial del Inca y que estos casamientos se hacían por grupos, reuniéndose todos los solteros y solteras de una edad determinada, una vez por año, cada uno recibiendo de manos del Inca o de su representante, una mujer escogida arbitrariamente. Tal costumbre jamás existió y tenemos noticias de sobra para desmentirla categóricamente. Los casos a que ellos se refieren eran los repartos de las mujeres sobrantes del tributo, y afectaban sola una parte muy reducida de la población oficial. No se trataba tampoco de casamientos sino de mercedes de mujeres en carácter de concubinas.

Para desmentir el sistema de casamientos que ellos suponen sólo podían efectuarse por la intervención del Inca o sus terratenientes, citaremos únicamente la costumbre del *tincunacuspá*, o el año de prueba, de que hemos hablado ya y que los españoles encontraron establecida en toda la parte de la Sierra aún en las inmediaciones del Cuzco. Las ordenanzas del Virrey Toledo prohibiendo esta y otras costumbres matrimoniales demuestran además que semejante sistema no existía. La supuesta costumbre, como tantas de las otras propagadas por Garcilaso y algunos otros cronistas, son puras ficciones y nunca tuvieron base en la realidad.

Para probar lo absurdo y lo falso que era el aserto que nadie se casaba sino por el orden dicho y con las mujeres asignadas a cada cual por el Inca o sus lugar-tenientes, haremos algunas observaciones prácticas.

En ninguna provincia el número de las elegidas cada año pasaba de unos pocos centenares, número que variaba según la tasa de tributo impuesto a cada provincia. Esta cuota se dividía entre todos los ayllus de aquella provincia, y raras veces pasaba de una o dos por ayllu al año. La enorme mayoría de las muchachas quedaban exentas de esta elección, y se casaban según las costumbres sociales de sus propias comunidades; como consta por los detalles que hallamos esparcidos en los escritos de los primeros cronistas.

Luego si tomamos en cuenta que algunas de las provincias, como por ejemplo, el Collao, eran de enorme extensión e incluían centenares de pequeñas aldeas o comunidades, situadas generalmente en lugares muy apartados, veremos lo imposible que sería que toda la juventud se reuniera cada año en la capital de la provincia, como requería la supuesta costumbre. Y, por otra parte ¿qué se haría con todas las niñas que no se elegían, si los jóvenes no podían casarse sino con las que le fueron dado por el Inca o sus gobernadores? Suponiendo que la proporción de nacimientos era más o menos igual para los dos sexos, para poder casar a todos los jóvenes habría sido preciso que el tributo en mujeres incluyera la totalidad de las muchachas, a medida que iban llegando a cierta edad; y si era costumbre como dicen las relaciones, escojerlas de edad de ocho a diez años, el estado tendría que correr con su mantención hasta que llegasen a la edad casadera. En semejante caso no quedarían en las aldeas mujeres solteras, ni muchachas mayores de diez años y todos los deta-

lles que no cuentan los cronistas de licencias, incestos y otros abusos sexuales habrían sido imposibles, y tanto los jóvenes como las niñas habrían tenido que guardar una castidad obligada de muchos años, antes que fuese la voluntad del Inca casarlos.

Como se ve el decantado sistema matrimonial de los Incas es una invención ridícula, y como la mayor parte de las supuestas costumbres de ellos, no resiste el menor análisis o crítica. Semejantes especies solamente pueden haber perdurado por la costumbre de creer y repetir todo lo que escribieron los cronistas, sin mayor investigación. Las observaciones de los primeros historiadores eran muy superficiales y llenas de errores fundamentales, cuando trataban de las costumbres sociales o religiosas de los indígenas. Vieron muchas cosas que no comprendieron, y estamparon sus primeras impresiones. Muchas costumbres locales o aún casuales eran interpretadas como universales e imperiales; porque midieron todo con su propio criterio, a menudo bastante limitado. Generalmente no sabían bien la lengua y no pudieron averiguar la verdad de lo que veían y por otra parte no tenían la preparación necesaria para poder generalizar o formar deducciones lógicas. Lo que ellos escribieron ha sido copiado por los que vinieron después; y los mayores disparates, a fuerza de ser tan repetidos, han terminado por ser aceptados como efectivos y así se ha formado al rededor de la cultura de los incas un número de falsedades que ha dado a sus instituciones una organización utópica que en verdad jamás existió, ni pudo existir en un

imperio de tan diversos elementos y estados de cultura.

Algunas de estas suposiciones erróneas las hemos tratado en estudios anteriores, como por ejemplo el comunismo tan mentado que resulta ser un mito, la imposición de las costumbres del Cuzco en todas las provincias conquistadas, el sistema patriarcal, la descendencia de padre a hijo por línea varonil de todos los gobernantes, la expansión territorial fuera del valle del Cuzco antes del reinado del Inca Roca, y tantas otras supercherías.

Ya vemos que el culto solar y las instituciones relacionadas con él han sido tan mal interpretados como lo eran las instituciones sociales y políticas.

Ahora que hay mayor abundancia de documentos de todas clases referentes a la historia y protohistoria de los incas y de los indígenas del Perú en general debe hacerse una revisión completa de toda su sociabilidad.

Cuando miramos la institución de las *acella* en conformidad con los verdaderos hechos, cambia completamente de aspecto y pierde cualquier parecido que, en los ojos de los que juzgan las cosas de una manera superficial, con la de las «Vestales» de Roma. A la vez quedan reconciliadas todas las versiones parciales que corren en las crónicas, y que a primera vista parecen tan contradictorias. Concuerdan también con el aspecto moral y religioso del pueblo y la época, lo que no sucede con el concepto general que ha sido tan diligentemente propagado.

El culto solar mismo era muy diferente y mu-

cho más materialista, que las fantasías que muchos escritores modernos quieren hacernos creer. Mientras más investigamos las costumbres e instituciones peruanas al tiempo de los incas, más alejadas las hallamos de las opiniones corrientes sostenidas acerca de ellas.

El culto del Sol, como religión especial y predominante del imperio es una mistificación. El término no existía entre los Incas mismos y fué inventado por los españoles por no encontrar uno que refería a la religión en general. Hallando que los principales templos se llamaban *Intihuasi* o más bien *Intiphuasi* era natural que diesen al Sol el principal lugar y hablasen del culto solar. Pero al tiempo de la conquista, el Sol no ocupaba el principal lugar entre las deidades, y el culto, así llamado, incluía la adoración de otras divinidades en iguales condiciones. La verdad es que los dioses superiores formaban una *triada* compuesta de *Viracocha*, *Inti* y *Chuqui Illa*. Ninguno de éstos se adoraba aparte, sino siempre en conjunto. A cada uno se daba las mismas ofrendas o sacrificios, se atribuían los mismos honores y el mismo servicio, tanto en los templos como en las fiestas públicas. Las *Intihuasi*, aún cuando éste nombre pertenecía en su origen a la morada donde se albergaba el tótem Sol, eran, después del establecimiento de las deidades, los templos de la *triada*, y en el del Cuzco se cobijaban además los antepasados divinos de los monarcas, los difuntos Incas y Coyas, quienes jamás faltaban a los ritos, ceremonias y fiestas y recibían las mismas atenciones que los otros dioses.

Se nota además en los últimos tiempos del im-

perio, una marcada tendencia hacia un culto especial y más elevado de Viracocha, el creador y amo, tanto de *Inti* como de *Chuqui Illa*; pero no alcanzaba aún este dios a desprenderse de la *triada* o asumir el puesto que seguramente le habría correspondido de dios supremo, al haber continuado el imperio y la evolución natural de las ideas religiosas.

No es el caso único en el Perú de encontrar grupos de tres dioses combinados en triadas, a los cuales se dirigían las devociones en conjunto como entre los incas. En toda la región de Cajamarca *Ataguju* se adoraba en conjunción con otros dos dioses, *Sagadzahra* y *Vaungrabrad*, según la relación de los padres agustinos, y en la región del oriente y sudeste del lago de Titicaca, se hallaba otra triada, de la cual sabemos muy poco, pero cuyo nombre lo da Calancha como *Tanga-Tanga*, indignándose que el demonio se hubiera inculcado en la mente de los indígenas las ideas de una falsa Trinidad.